


Un asunto del diablo


PAOLO MAURENSIG

gatopardo ediciones 



Un asunto del diablo

PAOLO MAURENSIG


gatopardo ediciones 



UN ASUNTO DEL DIABLO

PAOLO MAURENSIG

Traducción de Carlos Gumpert

gato pardo ediciones 

Título original: *Il diavolo nel cassetto*
© 2018, Giulio Einaudi Editore s.p.a, Torino

Publicado de acuerdo con Benedetta Centovalli Literary Agency, Milán

© de la traducción: Carlos Gumpert, 2019

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Raymond Hennessy

Imagen de la solapa: © Cecilia Lascialfari

eISBN: 978-84-17109-81-3

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La literatura es un asunto muy serio en el apacible pueblo suizo donde transcurre esta novela: todos sus habitantes, desde el anciano cura que lleva años redactando sus memorias hasta la muchacha ingenua que fabula cuentos infantiles, escriben y ambicionan, sin éxito, ser publicados. Pero todo cambia cuando el diablo entra en escena disfrazado de editor. ¿Quién no estará dispuesto a hacer un pacto con él con tal de ver publicado su libro? Sólo el turbio padre Cornelius, enviado por la diócesis en ayuda del párroco local, advertirá del peligro de la situación.

Maurensig construye un refinado *thriller*, una libresca vuelta de tuerca al mito de Fausto y una fábula sobre nuestra sed insaciable de contar y oír historias.

«Cada vez que empuñamos la pluma nos disponemos a officiar un rito para el cual deberían encenderse siempre dos velas: una blanca y una negra.»

Paolo Maurensig

UN ASUNTO DEL DIABLO

¿Qué puede inducirnos a la penosa tarea de reorganizar todos los objetos inútiles que hemos ido acumulando a lo largo de los años sin encontrar nunca valor para deshacernos de ellos? La inminencia de una mudanza tal vez, o — como en mi caso— la necesidad de vaciar una habitación, dedicada hasta entonces a depósito de cachivaches, para poder asignarle un uso diferente. Otras razones no se me ocurren. Antes de separarnos de un objeto cualquiera nos lo pensamos bien, y la mayoría de las veces optamos por conservarlo, convenciéndonos de que en el futuro podría resultarnos útil. Y mientras tanto las cosas van acumulándose, hasta que nos vemos obligados a hacer *tabula rasa*. Entonces empieza un viaje hacia atrás en la memoria: hojeamos rápidamente nuestro pasado, nos demoramos revisando fotos antiguas, releiendo cartas que no recordamos haber recibido, libros con dedicatoria, manuscritos... Y de estos últimos había montones: desde que la publicación de una afortunada novela me diera cierta notoriedad, me convertí en el polo de atracción de los aspirantes a escritores. Sus manuscritos comenzaron a lloverme con una regularidad impresionante, todos con la solicitud no sólo de leerlos para expresar mi reputada opinión, sino también de presentárselos a algún editor, con tal vez el añadido de un prólogo escrito por mi propia mano. Al principio me impuse el compromiso de leerlos hasta el final, pero enseguida me di cuenta de que nunca conseguiría mantener semejante ritmo, y de que malgastaría buena parte de mi tiempo en textos carentes de interés. Sin embargo, deshacerse de ellos no resulta fácil: si ya me causa pesar privarme de un objeto, por inútil que sea, lo que me lleva a reprimirme con los escritos ajenos es siempre cierta forma de respeto hacia su autor, y así, antes de arrojarlos a la papelera, quise asegurarme de no haber cometido ningún error de valoración; y mientras estaba allí, hojeando un manuscrito tras otro, cayó en mis manos un grueso sobre marrón aún cerrado, cubierto en su mayor parte por un mosaico de sellos de la Confederación Helvética. Desgarré el borde y me vi con un texto de un centenar de hojas mecanografiadas entre las manos. No tenía ninguna carta adjunta, ni aparecía

el nombre del remitente, o una dirección a la que remitirlo. Era evidente que el autor quería permanecer en el anonimato. O tal vez pretendía revelarse en el curso de la lectura.

El título era: *Un asunto del diablo*, y empezaba así:

«Tiemblo ante la mera idea de haber puesto negro sobre blanco esta historia. Durante mucho tiempo la he estado reteniendo dentro de mí, pero al final tuve que liberarme de un peso que corría el riesgo de comprometer mi equilibrio mental. Porque no cabe duda de que se trata de una historia que discurre al borde de la locura. Y, sin embargo, la escuché hasta el final, sin dudar nunca de las palabras de ese hombre. Sobre todo, porque quien hablaba era un sacerdote».

Puedo entender que a los ojos del lector todo esto tenga la apariencia de una estratagema narrativa, en la literatura pululan los manuscritos, los diarios, los epistolarios y memorandos encontrados en los lugares más disparatados y de las formas más insólitas. Pero, pensándolo mejor, todas las historias empiezan siendo trazadas o impresas en papel, todo lo que leemos comienza con una resma de hojas o, mejor dicho, con un manuscrito, aunque sólo sea uno de los muchos que se amontonan sobre el escritorio de un editor, o de aquel a quien se le encomienda su lectura. No había nada extraordinario, por lo tanto, en su hallazgo: aquel paquete de hojas estaba en el lugar adecuado, sólo que había escapado a mi atención. Lo único extraño era el anonimato.

El íncipit parecía prometedor. Así que, rodeado de legajos de todas clases, y dejando a medias mi trabajo de desescombros, proseguí con la lectura.

Si el autor evita revelar su nombre, da comienzo a su historia especificando el lugar y la fecha como compensación. Todo se remonta, en efecto, al mes de septiembre de 1991, durante una breve estancia suya en Suiza, concretamente en Küsnacht, una pequeña localidad a orillas del lago de Zúrich, adonde va nuestro protagonista con ocasión de un congreso de psicoanálisis.

«Me hallaba en aquel lugar en mi calidad de consultor de una pequeña editorial que pretendía incluir en su catálogo una colección dedicada a esa

materia, tan fascinante como controvertida. Dicho así, el lector podría pensar que yo desempeñaba un papel importante. En realidad, la editorial pertenecía a mi tío, a quien, propietario de una tipografía, después de haber impreso miles de volúmenes por cuenta de terceros, le asaltó la repentina ambición de convertirse en editor por su cuenta y riesgo, contratándome más por obligaciones familiares que por méritos propios.»

Unas cuantas frases para contar algo sobre sí mismo. Desvela de inmediato su condición de huérfano: muerta su madre al dar a luz y fallecido su padre pocos años después, víctima de un accidente laboral, nuestro protagonista se crió con su tío paterno. También descubrimos que lo devora la pasión por la escritura, y gracias a estas noticias estamos en condiciones de atribuirle una edad: más bien joven, se diría, de entre veinticinco y treinta años. Al hablar en primera persona, el autor no tiene necesidad de revelar su nombre, pero para evitar innecesarios circunloquios le asignaré yo uno, lo llamaré Friedrich: nombre que, según creo, perfila a un pálido y rubio aspirante a escritor que deambula por los valles de Suiza.

Hablando de su tío, Friedrich dice textualmente:

«Los libros eran el único punto que teníamos en común: él aspiraba a publicarlos, yo a escribirlos. Me encontraba, de hecho, en ese dichoso estado larvario por el que todos pasamos tan pronto como descubrimos (o nos engañamos creyéndolo) que hemos sido tocados por alguna de las artes. Durante cierto tiempo hice de recadero en un periódico local a cambio de una remuneración que apenas me bastaba para comprar cigarrillos. Me encargaba de la página de obituarios y, de vez en cuando, de crónicas menores. Fue en esas páginas donde publiqué algunos relatos breves, sin otra intención que la de rellenar los huecos. Si escaseaban las noticias y aún quedaba espacio libre, el redactor jefe me encargaba entonces que garabateara un cuentecillo que no excediese de los cuatro mil caracteres. Por lo tanto, nunca había escrito nada que fuera más allá de la *short story*, ni publicado en ningún sitio aparte de la página de ese periódico de provincias. Pero dentro de mí cultivaba un sueño, vivía ese periodo de inactividad mientras esperaba a que una semilla plantada en el suelo fructificara hasta alcanzar en poco tiempo el tamaño de una planta exuberante y fértil.

»Cuando poco después me contrató mi tío en la editorial, con el cometido de leer manuscritos y corregir pruebas de imprenta, me pareció haber dado un paso adelante. Vivía rodeado de libros, respirando el olor a tinta de imprenta que me embriagaba como una droga. Me daba aires de escritor, con una libreta y un lápiz siempre en el bolsillo, listos para cuando fuera necesario. Observaba a la gente, tratando de leer en cada uno su historia personal... Y, sin embargo, dudaba seriamente de que algún día a alguien pudiera ocurrírsele contármela. En cualquier caso, tenía un trabajo fijo en la editorial y, aunque estuviera mal pagado, me aferraba a él con todas mis fuerzas. Y ésta era mi primera e importante misión fuera de la ciudad. Mi tío me había asignado esta tarea gracias a mi dominio del idioma alemán, por más que este tenga muy poco que ver con el habla local.

»En Küsnacht vivió y murió Carl Gustav Jung, y con motivo del trigésimo aniversario de su fallecimiento, se celebraba ese año un congreso de tres días en el que participaban expertos de todo el mundo. Escuchando a los ponentes, famosos en aquel entorno, pero completamente desconocidos para mí, tal vez encontrara algún texto, no demasiado pretencioso, que poder publicar, inaugurando así la nueva colección de la editorial. Y si se daba el caso de que no encontrara nada interesante, ¡qué se le iba a hacer!, habría disfrutado de unas cortas vacaciones a expensas de la empresa.

»No había tenido la precaución de reservar un hotel, así que tuve que conformarme con alojarme en la Gasthof Adler, una posada pulcra y tranquila, algo apartada. Un lugar ideal para escribir, pensé de inmediato, pues en aquella época lo valoraba todo con el ojo del escritor ambicioso. La posada distaba unos kilómetros del centro urbano, donde se celebraba el congreso en una sala municipal. El autobús de correos pasaba cada hora, pero en realidad no era un tramo excesivamente largo para recorrer a pie, y si se quería atajar, podía tomarse un sendero que cruzaba un tupido bosque de abetos. Hacía buen tiempo, el aire lacustre tonificaba los pulmones y a la luz del sol la variedad de rosales que adornaban cada casa, desde los chalés hasta la más modesta de ellas, resultaba una delicia para los ojos. De modo que esa mañana decidí ir andando. Aún no me era dado saber que, al cabo de no mucho, algo se disponía a empañar la imagen idílica que me había formado del lugar. Fue en un encuentro que se produjo en circunstancias particulares. Estaba bajando hacia el pueblo por el sendero que cruzaba el bosque, cuando

de repente oí cierto revuelo que provenía de la vegetación. Me detuve, intrigado. Pensé de inmediato en un animal asustado —un cervatillo tal vez— que aparecería de repente cortándome el paso, pero pronto descubrí que se trataba de un hombre de una complexión tan recia que resultaba incluso deforme. Con un delantal de cuero rígido, vagaba entre los árboles sosteniendo un cubo de plástico repleto de un picadillo rojizo, que esparcía a manos llenas por el terreno. Al percatarse de mi presencia, alzó la mirada hacia mí: la barbilla huidiza y el labio inferior colgante me hicieron pensar en un retrasado mental al que se le había encomendado una tarea que nadie más quería desempeñar. Tan pronto como me vio, el hombre agitó su brazo como en señal de amenaza. ¿Qué habría querido decirme con ese gesto? Seguí avanzando por el sendero presa de una creciente sensación de inquietud, como si hubiera entrado sin autorización en una propiedad privada. No deseaba otra cosa que alejarme de aquel lugar lo antes posible y llegar al pueblo. Habría recorrido un centenar de metros, cuando oí los pasos apresurados de alguien que avanzaba a mis espaldas por el mismo camino. Por un momento pensé que podía tratarse del sujeto a quien acababa de ver deambulando en el bosque, pero su andadura era demasiado ágil y decidida para una persona de su tamaño. Seguí recto y sólo me di la vuelta en el último momento, cuando el extraño ya estaba a punto de alcanzarme. En ese momento, la sensación fue de alivio al ver que se trataba de un sacerdote. Un sacerdote católico: con hábito y sombrero de teja. Pequeño y ligeramente encorvado —como siempre me había imaginado al padre Brown—, me superó a paso rápido y después de un breve saludo me puso en guardia de inmediato: “Mucho cuidado con los zorros —dijo con voz exaltada—, no permita que se le acerquen: hay una epidemia de rabia selvática por aquí”. Una vez pronunciada esta frase, prosiguió su camino, distanciándose pronto de mí para desaparecer detrás de la primera curva del tortuoso sendero. Tan acentuadas me parecieron sus prisas —como si tuviera literalmente al diablo pisándole los talones—, que me hizo temer un peligro inminente. Me hallaba en el punto en el que el bosque se vuelve más tupido y las copas de los abetos más altos oscurecían el pálido disco del sol. Habrá sido la sugestión provocada por esa extraña advertencia, pero de repente sentí que estaba a punto de ser presa del pánico. Recogí del suelo una robusta rama seca, dispuesto a defenderme si llegaba el caso, y aceleré el paso en un intento de alcanzar al cura, que, con su marcha de corredor, parecía haberse esfumado.

Al poco rato, sin embargo, al ver delinearse entre los abetos las primeras viviendas y el relampagueo cegador del lago, recuperé la calma».

Friedrich, por lo tanto, llega al centro del pueblo, donde la vida cotidiana transcurre de manera ordenada y tranquila. En medio de tanta normalidad, sonrío ante el pensamiento de haber sido víctima de un miedo irracional. Casi no le parecía verdad lo que acababa de sucederle. Bien pronto se convenció de que sólo había sido una broma de la imaginación. Entra en el salón de congresos y ocupa uno de los pocos asientos libres que quedan. Durante unos pocos minutos sigue distraídamente la conferencia en curso: una ampulosa divagación sobre la vida de Jung. Después, entre muchos profesores barbudos y de melenas canosas —algunos con la pipa apagada entre los dientes—, ve de pronto, sentado unas diez filas más adelante, al pequeño sacerdote católico con el que acaba de cruzarse en el bosque. No tarda en descubrir que se trata de uno de los ponentes. Al terminar la conferencia, de hecho, el sacerdote sube a su vez a la tarima. Friedrich consulta el programa que lleva en el bolsillo. Es la última intervención de la mañana, y terminará a las doce del mediodía. En ese preciso momento, el reloj del ayuntamiento marca el décimo toque, y con puntualidad suiza, la palabra pasa al padre Cornelius — así se llama el sacerdote—, que expondrá una ponencia titulada: *El diablo transformista*. He aquí, pues, la explicación de todas esas prisas —piensa Friedrich—; era evidente que temía llegar tarde a la conferencia: una falta que los oyentes habrían considerado imperdonable.

El religioso aborda el problema del mal y de su emisario con varias digresiones en el mundo del arte y de la literatura, para desembocar al final en un muy particular punto de vista, defendiendo, en pocas palabras, la tesis de un diablo encarnado que se confunde entre la gente y puede desempeñar múltiples papeles, asumiendo a veces la identidad y el aspecto de personas aparentemente normales, con las que mantenemos contactos personales todos los días... Nada de humaredas de azufre, por lo tanto, sino la más llana cotidianidad. Su tesis no tarda en despertar discrepancias. Un tema tan «laico», expuesto en ese santuario de la psique de forma tan espontánea por un curilla campestre, sólo podía provocar comentarios sarcásticos, hasta el punto de que algunos abandonan la sala entre protestas. A Friedrich, sin

embargo, el argumento le parece de lo más original y susceptible de desarrollarse a la perfección en un volumen; además, su exposición es clara y su lenguaje está al alcance de todos, como el de un sermón dominical. Friedrich lo escucha con avidez, sin perderse una sola palabra, y cada vez está más convencido de haber encontrado lo que andaba buscando. Así que no regresará con las manos vacías ante su tío, y puede que llegue a ganarse incluso un congruente aumento de sueldo. En su mente, ya ve las palabras pronunciadas por el sacerdote impresas en papel, recogidas en varias cuartillas que se apilarán en su escritorio hasta formar un volumen; incluso se imagina la portada. Mientras tanto, el tiempo ha volado: las dos horas previstas han expirado y con admirable sincronía, con los toques de las doce, el padre Cornelius, despedido por un tibio aplauso, termina su exposición. El primer impulso de Friedrich es acercarse a él, pero en medio de la aglomeración de gente que se dirige a la salida se ve empujado hacia el exterior también. Y cuando la multitud se disgrega, y puede volver a la sala de conferencias, del sacerdote ya no hay rastro.

Siguen algunas páginas en las que Friedrich expresa sus inquietudes al lector. De hecho, teme no conseguir encontrarlo y que, después de la intervención, el sacerdote se haya marchado. Vanos resultan sus intentos, en la secretaría del congreso, para averiguar dónde se aloja el religioso: frente a la ostentosa cerrazón del dialecto local, su pulcro alemán parece haberse convertido en una incomprensible lengua extranjera. De este modo, durante toda la tarde, Friedrich deambula por el centro de la localidad en un intento de encontrar al padre Cornelius, hasta que, ya de noche, decide regresar. Se siente cansado y decepcionado, y también hambriento. Sabe que en un momento dado la cocina de la Gasthof Adler cierra, y después de haberse saltado el almuerzo, no se siente capaz de irse a la cama también sin cenar. Pero he aquí que a su regreso le aguarda una sorpresa.

«Tan pronto como entré en el comedor, lo vi sentado en un rincón, el único huésped, concentrado en dar cuenta de su comida. Después de haberlo buscado en vano durante todo el día, ¡ahí estaba el padre Cornelius! No podía creérmelo. Pensando en nuestro encuentro en el sendero que lleva al centro de la localidad, debería haberme imaginado que también él se alojaba en la

Gasthof Adler, pues no había, de hecho, otros hoteles o posadas en los alrededores. Esta vez no lo dejaría escapar. A juzgar por lo que aún quedaba en su plato, calculé que tenía tiempo suficiente para intentar una aproximación. No me senté muy lejos, pero él no parecía percatarse de mi presencia: estaba completamente absorto en sus pensamientos, y de vez en cuando movía los labios, como si hablara solo. Esa noche, al haber llegado tan tarde, tuve que conformarme con un plato frío acompañado de una pinta de cerveza; pero en aquel momento me bastaba con aplacar el hambre, porque mis pensamientos vagaban muy lejos: lo que más me urgía, de hecho, era encontrar las palabras adecuadas para entablar conversación. Sólo aguardaba el momento preciso, que, sin embargo, no tenía visos de llegar. Sea por la presencia de la camarera, que no veía la hora de quitar la mesa, sea por la atención del sacerdote, que parecía concentrada en algo muy lejano, cada vez se hacía más difícil intentar un primer contacto. Varias veces me aclaré la garganta para decir algo, alabando su ponencia, o recordándole tal vez nuestro fugaz encuentro en el bosque. Hubiera bastado con poco, pero una y otra vez había algo en el último momento que me bloqueaba. Para compensar, no dejé de observarlo ni por un momento. Sería a causa de la escasa iluminación de la sala y de las paredes revestidas de madera oscura, pero en comparación con el brillante conferenciante que había escuchado apenas unas horas antes, me parecía tener ante mí a otra persona: un hombre cansado y de gesto ceñudo, agobiado por sus propios pensamientos. Ya había vaciado su plato, y yo sólo podía contar con el lapso de tiempo que le llevara acabar con los dos dedos de cerveza que aún quedaban en su vaso; un sorbo o dos, después de lo cual podría incluso levantarse y marcharse, dejándome plantado. Tenía que apresurarme. Pero, de repente, sintiéndose observado, el sacerdote levantó la vista hacia mí. Me miró unos instantes, luego esbozó una media sonrisa, señal de que me había reconocido.

»—Confío —dijo— en no haberle alarmado demasiado esta mañana. —Y sin darme tiempo a responder, prosiguió—: ¿Sabe usted que cada año mueren cientos de miles de personas en todo el mundo a causa de esta terrible enfermedad? Como es natural, eso ocurre en lugares alejados de la civilización: en determinadas aldeas de África o Asia, demasiado distantes de un hospital que pueda asegurarles las curas oportunas. Esos desgraciados están destinados a un final atroz, atroz para ellos mismos y para sus

familiares, que bien poco pueden hacer para aliviar sus sufrimientos.

»No sabía qué decir, así que solté una frase:

»—¿Y usted ha tenido ocasión de atender en su lecho de muerte a alguno de estos enfermos?

»—Es un espectáculo que no le desearía a nadie.

»Por un momento el sacerdote agachó la mirada, como arrepentido de lo que se le había escapado de la boca. Pensó sin duda que tenía que justificar tal afirmación:

»—La rabia, de la que se considera al zorro el principal portador, suscita en nosotros un miedo atávico, porque no sólo conduce a una muerte terrible, sino porque es capaz de sacar a relucir aquello que siempre se intenta ocultar de la naturaleza humana: la irreprimible ferocidad que se oculta en todos nosotros. Como si no fuera suficiente, su sonido es tan estremecedor como para hacer que se le erice la piel al más valiente. Todo esto alimenta la superstición popular, que a menudo la asocia con el diablo. Y es una verdadera lástima que un animalito tan gracioso se vea forzado a arrastrar consigo tan triste nombradía.

»Tras estas palabras, el sacerdote se detuvo de repente, como si se hubiera dado cuenta demasiado tarde de haberme tratado con descortesía: pese a que pudiera aparecer ante sus ojos como poco más que un crío, el haberme interpelado tan bruscamente no encajaba en modo alguno con las reglas de la buena educación. Para poner remedio, se levantó de su asiento, se acercó y, después de las debidas presentaciones, me pidió permiso para sentarse a mi mesa. Acepté de buena gana. Tuve así oportunidad de observarlo mejor: era difícil atribuirle una edad; su rostro, de ceño fruncido, se veía pálido, tenía el pelo corto y rojizo, las sienes todavía marcadas con el surco impreso por el sombrero eclesiástico...

»—¿Se halla usted aquí por el congreso? —se interesó.

»Con esa pregunta me facilitaba las cosas, dándome además la ocasión de hacerme notar.

»—Trabajo como asesor para una editorial —dije—. He venido al congreso en busca de algún texto para publicar en una de nuestras nuevas colecciones. De hecho, debo decirle que hoy he escuchado su ponencia y me ha parecido muy interesante. Sus referencias literarias: Goethe, Mann, Hoffmann, la pintura simbolista... A veces, sin embargo, he tenido la

impresión de que eran más numerosas las cosas omitidas que las declaradas. Me ha parecido que usted hablaba del diablo como de un ser verdaderamente real.

»—En efecto, así es. Sólo que no podía decirlo abiertamente ante una audiencia de psicoanalistas. Me habría arriesgado a ser sometido a un análisis de inmediato. —Reforzó con un atisbo de sonrisa la debilidad de su ocurrencia.

»—¿Quiere decir que lo ha conocido?

»—Desde luego —respondió el sacerdote con gesto muy serio.

»—¿Por casualidad es usted un exorcista?

»—Nada de eso. Estoy hablando del diablo hecho persona, de carne y hueso, como usted y como yo.

»—Pero ¿cómo es eso posible? Quiero decir, un diablo registrado en el censo, con nombre y apellidos, permiso de conducir y tarjeta sanitaria...

»Al sacerdote se le ensombreció el rostro.

»—Una cosa no excluye a la otra. En realidad, es un hombre a todos los efectos: nace de un padre y una madre, casi siempre personas piadosas y morigeradas que aceptan la carga de semejante descendencia como una expiación. Otros, sin embargo, no lo soportan y logran deshacerse del diablo cuando todavía está en pañales. Por lo tanto, muchos de ellos son expósitos, niños abandonados por sus padres, no por apuros económicos, sino por haber manifestado su naturaleza maligna desde sus primeros días de vida. Y al final acaban siendo adoptados por parejas sin hijos deseosas de prole. El diablo explota así su posición de parásito, y la mayor parte de las veces provoca la muerte de sus padres, sea simulando una desgracia, sea partiéndoles el corazón, para heredar sus bienes y poder dedicarse a su propia misión. La carrera de un demonio, sin embargo, no siempre se ve coronada por el éxito. Muy a menudo, estos sujetos, que con toda razón podríamos llamar pobres diablos, gozan de una vida corta y la mayoría de las veces terminan entre rejas, donde son pocas las oportunidades que les quedan para ejercer sus maléficas artes. Por otro lado, muchos nacen en familias legítimas, blasonadas, que nada sospechan del peculiar carácter de su vástago, y a menudo justifican e incluso fomentan su comportamiento impropio, casi como si fuera un sello distintivo del poder. Y éstos dan vida a auténticas genealogías diabólicas. Cuántos hay en el mundo no nos es dado saberlo.

Probablemente muchos más de lo que creemos.

»—¿Y cómo se reconocen?

»—Hay signos que preludian una naturaleza maléfica. Signos recurrentes que sin embargo no todos son capaces de reconocer.

»—¿Por ejemplo?

»—Se trata de comportamientos que se manifiestan desde la más tierna infancia, como la predisposición a mentir a ultranza, o la crueldad gratuita hacia los animales. Como es natural, todos los niños mienten para escapar de los castigos, o porque viven en un mundo imaginario, al igual que todos se caracterizan por la curiosidad legítima de descubrir cómo está hecho un ser vivo en su interior, pero cuando la disección se convierte en una práctica habitual y su finalidad es sólo la de causar padecimiento, en ese caso, habrá que vigilar al niño. En todo caso, éste es el más evidente de los signos, pero hay otros muchos que se desarrollan más tarde y de los que no viene a cuento hablar aquí. Uno por todos: la capacidad de hacer que tus propios pensamientos se vuelvan contra ti.

»El padre Cornelius pareció escudriñar el efecto que su afirmación causaba en mi rostro. Observando en mí cierta sombra de escepticismo, continuó:

»—La Iglesia al principio y, más tarde, la literatura romántica le han conferido protagonismo, lo han retratado de distintas maneras, le han otorgado un rostro, un carácter, le han proporcionado un oficio, una misión, lo han revestido de la manera más dispar, hasta conseguir que fuera visible, que estuviera vivo. En definitiva, lo han humanizado.

»No estaba seguro de adónde quería ir a parar. Me daba la impresión de estar escuchando los desvaríos de un loco. En todo caso, preferí prestarme al juego.

»—¿De modo que el diablo ha sido creado a nuestra imagen y semejanza?

»—En efecto. No hay nada en el mundo que, antes de existir, no haya sido concebido previamente por una mente. Usted escribe, supongo...

»Tomado por sorpresa, como si escribir fuera una falta de la que avergonzarme, sentí que me sonrojaba:

»—¿Es que se me lee en la cara?

»—No es difícil de suponer —respondió el padre Cornelius con una

sonrisa—, y, además, anoche oí el repiqueteo de una máquina de escribir.

»Era cierto: la noche anterior, inmediatamente después de cenar, había subido a la habitación para pasar a limpio algunas notas tomadas con lápiz en un cuaderno. Estuve mecanografiando unas cuantas líneas con mi máquina portátil, pero luego, pareciéndome demasiado ruidosa para la quietud de aquel lugar, la metí en su estuche. No obstante, me costaba digerir el hecho de llevar escrita en la cara mi pasión secreta.

»—Digamos que lo estoy intentando, sin resultados apreciables — respondí, no sin cierta vergüenza.

»—Todavía es usted joven y tiene por delante todos los caminos posibles. Pero tenga cuidado con las decisiones que tome.

»—¿A qué se refiere?

»—La literatura es la mayor de las artes —continuó el sacerdote—, pero es también un campo peligroso.

»—¿Peligroso en qué sentido?

»—Cada vez que empuñamos la pluma nos disponemos a officiar un rito para el cual deberían encenderse siempre dos velas: una blanca y una negra. A diferencia de la pintura y de la escultura, que no dejan de estar ancladas en un tema material, y de la música, que trasciende completamente la materia, la literatura puede dominar ambos campos: el concreto y el abstracto, el terrenal y el ultraterreno. Además, se propaga y se multiplica con infinitas variantes en la mente de los lectores. Sin saberlo, el escritor puede convertirse en un formidable egregor.

»—¿Egregor? ¿Y eso qué es?

»El sacerdote hizo un gesto de resignación.

»—Hoy el sentido del término se ha reducido en gran medida. Significa una reacción en cadena provocada por un pensamiento unívoco. Hay un pequeño relato ejemplar a este propósito: se cuenta que en un antiguo convento de frailes una ráfaga de viento levantó por los aires un sayo tendido a secar al sol. Después de un corto vuelo, el hábito monacal planeó como un cometa hasta el fondo de un despeñadero enredándose en las ramas de un arbusto, no lejos del camino que los frailes recorrían por la mañana temprano en su paseo diario. Y siempre que pasaban por ahí, ese hábito iba adquiriendo cada vez más en la fantasía de los monjes la forma de un hombre. Entonces uno de ellos sugirió que podía tratarse del diablo, apostado en ese lugar para

el recuento de las almas. Desde aquel momento, en la mente de los monjes esa figura empezó a volverse cada vez más amenazadora, hasta que se materializó y sumió en el desconcierto a todo el monasterio. Y sólo la intervención del obispo lo indujo a marcharse y a recuperar su forma anterior: la de un simple arbusto. De la misma manera, el escritor puede formar una cadena de pensamiento capaz de dar vida e inteligencia a una figura que todos consideran imaginaria, como se cree que es el diablo.

»En ese preciso momento oímos abrirse la puerta de la posada. Había entrado alguien, pero desde donde estábamos sentados no pudimos verlo. Sólo se oían sus pesados pasos pisar los tablones del suelo; estaba claro que era un cliente que había venido a tomar algo. Por un instante, el sujeto se asomó a la puerta, cubriendo todo el marco con su silueta. Al verlo, di un respingo en la silla. Aquel hombre, en efecto, era el mismo con el que me había topado en el bosque, dedicado a esparcir esa papilla sanguinolenta en el terreno. Esta vez, sin embargo, su figura amenazadora quedaba suavizada por una camisa limpia, abierta en el poderoso cuello, y por una chaqueta a cuadros que parecía confeccionada a partir de una colcha matrimonial. Como nadie hacía acto de presencia, lo oímos marcharse murmurando entre dientes. El padre Cornelius me miró directamente a la cara.

»—Hablando del diablo...

»Solté una risita nerviosa.

»—Me he encontrado con ese hombre esta mañana.

»—Se llama Hans —dijo el sacerdote—, y es el ayudante del veterinario local. En este periodo se encarga de llevar a cabo una tarea realmente ingrata.

»—La tarea de esparcir..., ¿el qué? ¿Cebos envenenados?

»El padre Cornelius negó con la cabeza:

»—A pesar de las apariencias, Hans es un hombre manso y sensible, y ama mucho a los animales, por lo que su tarea resulta doblemente desagradable: esa asquerosa papilla no sólo tiene que prepararla con sus propias manos, sino que también ha de encontrar la materia prima.

»—¿En qué consiste?

»—Crías de zorro.

»—¿De verdad?

»—Las captura en sus madrigueras y no vacila en despedazarlas. Para este propósito siempre lleva un hacha y un picador de madera colgando de la

cintura. Sólo el olor de su prole muerta mantiene a los zorros rábicos lejos de los centros habitados.

»Al oír esas palabras sentí que se me revolvió el estómago, pero el padre Cornelius no pareció notarlo y continuó como si no pasara nada.

»—El zorro infectado de rabia —dijo— presenta un extraño comportamiento: no escapa ante la vista del hombre, sino que se le acerca con gesto efusivo hasta que se halla en condiciones de morder. Y lo mismo hace el diablo: su primera estratagema es entablar amistad con la víctima designada. De este modo, la primera regla de defensa es no dejarse engañar por las apariencias. Hoy en día, el diablo ya no tiene cuernos, ni la esclavina de dos colores, no desprende vapores de azufre, no nos asusta con su apariencia; al contrario, hace cualquier cosa para parecer servicial y simpático. No tiene, como podría pensarse, aspecto de charlatán ni del alcahuete que nos guiña un ojo, ni siquiera de juerguista risueño, con su repertorio inagotable de historietas picantes. Presenta siempre un aspecto bien cuidado, viste con traje cruzado, exhibe una elocuencia refinada, un tono de voz engatusador. Excepto por un detalle que en principio escapa a la atención, pero que, sin embargo, se percibe inconscientemente y lo vuelve ridículo. Es como percatarse, en la ropa de aquellos que presumen de una elegancia sofisticada, de que la etiqueta del precio todavía está colgando del cuello de la chaqueta. Pero ¡cuidado con descubrir ese detalle!, o mejor dicho, cuidado con dar a entender que nos hemos dado cuenta, porque eso hará que se ponga hecho una furia, y la tome con nosotros. En efecto, es extremadamente susceptible, es la última rueda del carro, el coche escoba de la jerarquía infernal, y, por lo tanto, está especialmente motivado para hacer carrera; en otras palabras, es el prototipo del chusquero que aspira a convertirse algún día en el gran caudillo. Pero, al igual que todos nosotros, incluso el diablo tiene que lidiar con la Historia y con sus cambios. Debido a los progresos de la ciencia y de la tecnología, le acabó faltando la tierra bajo los pies, y no ha tenido más remedio que aceptar la modernidad, o, mejor dicho, resignarse a su inadecuación ante los repentinos cambios de nuestro siglo. A estas alturas, los grandes escenarios del pasado, con esas fascinantes escenografías que exaltaban su figura, ya no existen; las imponentes catedrales se ven reemplazadas por iglesias diseñadas por arquitectos que no llegan ni a mediocres, los grandes teatros carecen de adornos cual oratorios

parroquiales, y los tenebrosos castillos, cuando no están completamente en ruinas, se ven invadidos por ruidosas multitudes de mocosos, acompañados por sus padres, que deambulan por sus salas con sus guías turísticas en la mano y olfateando el aire. En semejantes escenarios, ¿qué le queda a un pobre diablo de la vieja escuela? ¿Qué ha de hacer para evitar verse superado por las nuevas generaciones diabólicas? Ya está demasiado viejo para poder ponerse al día, y es que incluso el diablo encarnado está sometido, como consecuencia, a las leyes terrenales: envejece, pasa de moda, pierde su esmalte, enferma y al final muere, tan réprobo como lo era de nacimiento. El alcance de sus operaciones se ha reducido considerablemente, sus trucos de prestidigitador son ya cosa vetusta: el mundo del llamado poder espiritual está fuera de su alcance, al igual que el del poder financiero, que se ha vuelto definitivamente prerrogativa de la política corrupta; lo que le queda a él, por lo tanto, es sólo el poder como fin en sí mismo, el que se ejerce en cualquier congregación humana donde haya competencia. Podría ser tanto la asociación de petanca del barrio como el club Rotary más exclusivo. Pero mucho mejor si se trata de una competencia pseudointelectual. Por lo tanto, su lugar ideal es la sociedad literaria, no sólo porque la literatura es la última esfera del conocimiento que aún le reconoce cierta credibilidad, sino también porque es el ámbito donde toda vanagloria, alimentada por la envidia, crece en desmesura, donde incluso los más triviales pensamientos —siempre que estén impresos con caracteres tipográficos— se aceptan como verdades absolutas.

»Comenzaba a sentirme incómodo, precisamente porque se estaba poniendo en cuestión una tarea muy querida por mí, a la que pensaba dedicarme por entero en el futuro.

»—En su opinión, por lo tanto, ¿la literatura es un mal?

»Después de este repentino desahogo, el padre Cornelius se apaciguó y, recuperando la compostura, prosiguió con tono más sosegado.

»—No vea intención por mi parte de disuadirle de su ferviente pasión, ni de cuestionar la grandeza y la utilidad de la literatura. Como acabo de decir, se trata de la más sublime de las artes. Y su pregunta de si la literatura es un mal me deja perplejo; sería como preguntarse si no será el mal el hombre mismo, y dado que la literatura es la expresión más genuina y profunda del hombre, en ella confluyen todas las miserias humanas, al igual que su grandeza. Sin embargo, no es del arte de lo que quiero hablar sino más bien

de las debilidades de sus ejecutores y de las pasiones que los devoran, volviéndolos presa fácil del Maligno. Son infinitas las especies de escritores, me los imagino como otros tantos cocineros, los veo inclinados sobre sus fogones, absortos en crear sus propios manjares, *gourmets* refinados y cocinillas de cuartel. Basta con ponerles una pluma en la mano en lugar del cucharón y se mostrará diáfana ante nuestros ojos la especie de los literatos, clasificables en géneros, familias, órdenes, y así sucesivamente, absortos ellos también en cocer a fuego lento sus propias ideas, celosos de sus recetas secretas, dispuestos a desvivirse por lo que no son más que hordas de glotones, a pesar de sus títulos nobiliarios y profesionales: tipejos de paladar de cartón piedra, listos para mover las mandíbulas sólo con el fin de triturar la comida y llenar el estómago, gente que al final de la comida se siente obligada a apagar el cigarrillo en la nata inmaculada de una porción de Saint Honoré. Eso es, ¿no le parece a usted también que esta imagen refleja lo que es la sociedad literaria?

»En realidad, estaba más que harto de sus disquisiciones sobre la gente de letras.

»—No sabría qué decirle, dado que no frecuento ninguna sociedad literaria, ni he tenido contacto nunca con ninguna.

»—Mejor para usted. Manténgase alejado de esos receptáculos de la malevolencia. Es frecuente que sea precisamente en esas cocinas donde deambule el diablo. Y le aseguro que no se puede esperar de él que haga gala de un atisbo de reconocimiento hacia ellos. Al contrario, es precisamente con los literatos con quien la tiene tomada en mayor grado. Es como si quisiera destruir la fuente de la que proviene, borrar toda evidencia de haber sido creado por un puñado de escritores, tan geniales como imprudentes. Puedo decirle esto con conocimiento de causa: conozco un lugar, de hecho, donde toda una colonia de literatos fue víctima de un demonio particularmente emprendedor.

»Ante esas palabras, agucé los oídos. ¿Se disponía acaso a contarme una historia? No me atrevía a esperar.

»—¿Ah, sí? ¿Y dónde ocurrió eso? —pregunté, con intención de hacerle hablar.

»La camarera nos interrumpió en lo mejor, pues, después de haber recogido, se acercó a darnos algunas instrucciones. Estaba claro que no veía

la hora de irse; probablemente ya llegaba tarde a alguna cita. Nos advirtió que iba a cerrar la puerta principal, pero, dado que éramos los únicos huéspedes, podíamos seguir tranquilamente donde estábamos. Ante cualquier eventualidad, teníamos la llave de la puerta de servicio. El padre Cornelius aprovechó para pedirle una jarra de cerveza... o más bien dos, una para mí también. Todo daba a entender que pretendía retenerme durante largo rato.

»Aún hoy, cuando revivo el momento en que el padre Cornelius me propuso contarme su historia, me pregunto qué habría sido de mi vida si hubiera decidido no escucharlo, si hubiera rechazado su oferta y me hubiese retirado con alguna excusa a mi habitación. En tal caso, es posible que me hubiera convertido en un escritor, como siempre había soñado. Habría recorrido mi camino, habría deambulado por toda la extensión de mi heredad, por modesta que fuera su superficie, sin invadir la propiedad ajena, sin duda más vasta e inexplorada, pero también jalonada por desfiladeros y peligrosas arenas movedizas. Pero para un aspirante a escritor, una historia contada por un desconocido es como el maná del cielo. La tentación era demasiado fuerte. Nada ni nadie me habría convencido para renunciar a ella. Y dado que yo parecía bien dispuesto a escucharlo, el sacerdote comenzó a hablar.»

CAPÍTULO 1

No le diré el nombre de la localidad donde tuvieron lugar estos tragicómicos acontecimientos. Al contrario, es mi intención despistarlo en la medida de lo posible. Y ello para salvaguardar el buen nombre de aquellos que fueron mis feligreses. Todo lo que aconteció, en efecto, no resulta edificante en absoluto, y es difícil de creer que, a causa del diablo, toda una comunidad, presa de la histeria colectiva, se haya visto envuelta en una serie de hechos que nos devuelven a los tiempos del Medievo. Tal vez algún día pueda usted descubrir este lugar por sí mismo, pero en cualquier caso la moraleja no cambiaría. Por lo tanto, confiera usted a cuanto me dispongo a contarle el valor de una simple parábola.

El lugar del que le hablo está ubicado en un cantón de Suiza. Lo llamaré con un nombre convencional: yo diría que Dichtersruhe¹ le casa a la perfección. Dichtersruhe se encuentra en un valle estrecho y profundo, casi sofocado por las montañas, cortado en dos por un torrente que crece a menudo con las lluvias y que resuena durante todo el año, a excepción de los raros periodos de sequía. La apariencia del paisaje refleja el carácter de sus habitantes: acogedor en verano, mortalmente raquítrico en las estaciones frías. Dichtersruhe es una fracción de una localidad más grande, y sin embargo sigue siendo hoy bastante más importante que el centro al que pertenece, por la sencilla razón de que allí pernoctó Goethe durante una noche, creo, o tal vez dos, el tiempo necesario para que el herrero local pudiera reparar el buje de la calesa en la que el poeta viajaba. El reclamo turístico era demasiado apetitoso para que, más de un siglo después, no se le ocurriera a alguien explotar su nombre, atribuyéndose el mérito de haberle dado hospitalidad. De este modo, todavía hay hoy en día tres posadas en liza, pero basta consultar el mapa catastral para descubrir que por aquel entonces no había posadas

propiamente dichas en Dichtersruhe, y que lo más probable es que Goethe encontrara alojamiento en casa de alguna familia lo suficientemente acomodada como para tener una habitación disponible para los raros viandantes que cruzaban el valle. Hasta principios del siglo xx no empezaría el negocio hotelero tal como lo conocemos hoy. No está claro, por lo tanto, de dónde surgió semejante creencia. Con todo, ésta se ha transmitido de generación en generación, afianzándose a lo largo de los siglos. Nada menos que tres posadas, la Gasthof Meyer, la Gasthof Webern y la Pensión Müller, se disputan aún hoy este privilegio, tres posadas con sendas habitaciones y camas en las que los propietarios están dispuestos a jurar que el ilustre huésped, procedente de Weimar y tal vez de camino hacia Italia, descansó en ellas del agotamiento del viaje. Sólo una de las tres, sin embargo, puede presumir de un detalle —acaso una brillante ocurrencia de su dueño— que lo hace más creíble: un robusto clavo de cabeza cuadrangular, fijado en la pared de al lado de la puerta de entrada, un tosco perchero del que, se supone, colgó su gabán el ilustre hombre de letras tan pronto como cruzó el umbral. Bajo esta reliquia, venerada como si se tratara de uno de los clavos de la cruz, hay una placa de latón con la presunta fecha del evento grabada y, junto a ella, una hoja de pergamino que recoge un aforismo atribuido a Goethe: «*El arte es largo, el tiempo es breve, el juicio difícil*».

Hace poco regresé a Dichtersruhe, al cabo de diez años de ausencia. En apariencia nada había cambiado y, sin embargo, tuve ocasión de deambular por las calles y de entrar en algunos locales sin toparme con nadie a quien conociera. Las piedras permanecen, las vidas pasan: algunos habían muerto, otros se habían marchado, los niños se habían convertido en adultos y tal vez ni siquiera recuerden aquel episodio de locura colectiva que arrolló a la comunidad al completo. Por lo demás, Dichtersruhe permanecía tal cual era. En verano, un lugar encantador, de postal. Todavía hoy, de junio a agosto, cuando las posadas se llenan de veraneantes, el pueblo entero revive, y en la plaza central se montan distintos mercadillos con productos artesanos propios, entre los cuales, en lugar de las habituales muñecotas con trajes tradicionales, prevalece sin discusión la figura de Goethe, tallada en madera de pino cembro o moldeada con arcilla. Se trata de una actividad a la que siempre se dedican los ancianos y los niños en los meses de invierno. Los

más hábiles son capaces de reproducir el famoso cuadro de Tischbein, donde se retrata al poeta recostado en una *chaise longue* en medio de la campiña romana. Y qué se le va a hacer si a veces la pantorrilla parece un poco tosca, o si la mano está apenas delineada, tanto que parece metida en una manopla de lana. Cada uno se las apaña lo mejor que puede; por lo demás, los temas con los que ponerse a prueba no escasean: se pueden hallar a la venta, así, distintas versiones del busto del poeta, retratos en bajorrelieve de mayor o menor parecido, e incluso innumerables variantes de su mascarilla funeraria, hasta incluso platitos pintados a mano que recogen algunos de sus aforismos. Por lo demás, el pueblo no ofrece atractivos particulares ni instalaciones para la práctica del esquí, pues hay que desplazarse bastantes kilómetros para encontrar estaciones equipadas para el turismo invernal. Dichtersruhe no deja de ser un lugar para excursionistas perezosos a los que, pese a dárseles de escaladores expertos, lo que les gusta es encaramarse por las laderas boscosas exentas de todo peligro. En los alrededores hay también una estación termal, con una fuente de aguas curativas, que hace auténticos milagros con los riñones. La sala de curas se distingue por una aglomeración de graciosos pabellones de madera de pino, pintados de verde, con techos de pagoda rematados con veletas de estaño, algunas de las cuales crujen con cada céfiro alpino. La eliminación, por decirlo así, de los líquidos ingeridos tiene lugar, cuando el tiempo lo permite, en el exterior de los pabellones, donde hay hileras de tumbonas, colocadas a escasa distancia de los urinarios.

Además de las tres posadas, casi todas las familias alquilan una habitación en régimen de media pensión. En el centro de la plaza, frente al café Oetker —que es también un excelente restaurante—, se levanta la figura en bronce de Goethe, obra de un célebre escultor suizo. Erigida sobre un pedestal de mármol, la estatua, de dos metros de altura, representa al poeta de pie, vestido con levita, un sombrero de ala ancha y las pantorrillas embutidas en botas con dobladillo. Con una mano se apoya en un bastón y en la otra sostiene un rollo de hojas de papel. Su noble perfil se inclina hacia arriba, mirando las montañas, como si quisiera orientarse para decidir qué camino tomar. La estatua, perennemente expuesta a la intemperie, se arropa de vez en cuando de blanco en los días de nieve, o se adorna con colgantes de hielo, y en algunos lluviosos días de invierno, hechos de fúlgidos azules, su reluciente bronce parece capturar el último rayo del sol del ocaso. A veces un cuervo se

posa en el hombro del poeta, como para sugerirle un verso, o un carbonero común nidifica durante una estación bajo el ala de su sombrero.

CAPÍTULO 2

Fue precisamente a Dichtersruhe donde hace diez años fui asignado por la diócesis en calidad de vicario para servir de sostén a quien llevaba siendo su párroco más de medio siglo, y que a pesar de haber superado holgadamente los noventa años aún no se había resignado a aceptar el retiro. Así pues, debía ocupar su lugar en aquellas tareas que se habían vuelto demasiado fatigosas para él. En realidad, me convertí en su sustituto en todos los aspectos, porque él se limitaba a alguna rara aparición en las efemérides más importantes, y durante el resto del tiempo se quedaba encerrado en su apartamento para escribir —como habría de averiguar más tarde— sus memorias.

Se me adjudicó la parte de la casa parroquial que daba al norte, con un dormitorio desnudo y un despachito sin pretensiones que habían permanecido deshabitados durante todos esos años. De las comidas se encargaba el ama de llaves, que llevaba más de cincuenta años siendo completamente leal al párroco. No compartíamos, sin embargo, la misma mesa: yo comía en la cocina bajo la aviesa mirada de la anciana, y el párroco prefería que le llevaran las comidas a su despacho, del que rara vez salía. A pesar de su edad, a excepción de cierta debilidad en las piernas, gozaba todavía de buena salud. Tenía un rostro rollizo, coronado por un alero de cándidas cejas, y una nariz roja y esponjosa que hacía dudar de su sobriedad. Su nombre era padre Cristoforo.

Eran raras las ocasiones en las que me recibía en su despacho, y sólo para darme expeditivas disposiciones. Era una habitación confortable: paredes recubiertas de abeto, techos con artesanado, estantes atestados de libros, e incluso una chimenea muy prometedor. Su escritorio estaba enteramente cubierto de papeles, de los que parecía muy celoso. Un día en el que me

incliné en exceso para echar un breve vistazo a una de esas cuartillas, la apartó de mi vista con un gesto tan abrupto que me sentó mal. Estaba convencido de que no me veía con buenos ojos, de que me consideraba incluso un intruso. Por mi parte, en aquel lugar me sentía cada vez más deprimido. Acostumbrado a vivir en la ciudad, el verme confinado en un pueblo de mil almas me resultaba insoportable. Sabía con certeza, además, que la causa de ese traslado habían sido las habladurías que corrían sobre mí. Habladurías completamente infundadas, pero que, alimentadas como es debido por un coro de voces malévolas, habían asumido con el tiempo una fuerte connotación de certeza, convenciendo al obispo para relegarme a ese valle.

Comprendí de inmediato que no gozaría de una vida fácil con mis feligreses; lo entendí por su escasa participación en las funciones y en el secreto de la confesión. Después de cincuenta años con el mismo párroco, estaban convencidos de haberse ganado la indulgencia plenaria para toda la vida. Durante medio siglo habían abierto sus corazones al padre Cristoforo, y les parecía inútil empezar de nuevo con un novato del que ni siquiera estaban del todo seguros de que fuera capaz de guardar sus secretos. Cuando quien celebraba la misa dominical era yo, la iglesia estaba medio vacía, y sólo se llenaba con la presencia del viejo párroco. Cada entusiasta intento mío de socializar con la gente del lugar era recibido con una tibia indiferencia, cada una de mis propuestas para acercarme a los jóvenes, organizando cursos de pintura, de recitación, música o lo que fuera, recibía como única respuesta una descarada deserción. Como sustituto de un padre Cristoforo que ya no salía casi nunca de su casa, ocupé su escaño en el consejo municipal, pero mi presencia era insignificante a todos los efectos, dado que, en mi condición de recién llegado, estaba imposibilitado para expresar mi opinión, que, por lo demás, a nadie interesaba conocer.

Los habitantes de Dichtersruhe estaban casi todos emparentados. Los nombres más difundidos y antiguos eran Meyer, Müller y Webern. Había además otros apellidos, menos extendidos en la circunscripción, pero bastante comunes en Suiza, como Schwartz, Keller, Linz... Naturalmente eran muchos los Meyer que se habían casado con una Webern o una Müller, y

viceversa, formando así una tupida red de descendencia, donde los hijos varones llevaban todos el nombre del abuelo, y muy a menudo el del padre, de modo que, para identificar a alguien con certeza, era necesario recurrir al apodo, del cual todos estaban provistos, y que a veces correspondía al oficio, pero muy a menudo era un mote burlesco cuyo origen era incomprendible incluso para quien lo llevaba. Por mucho que, con el paso del tiempo, ciertos apelativos, transmitidos de generación en generación, hubieran perdido del todo su significado literal, quienes, como yo, los oían por primera vez, no podían reprimir una sonrisa ante la idea de que hubiera un Webern Rascatripas, un Müller Cagoncete, o cosas peores aún.

En los meses de verano, los aldeanos todavía me mostraban cierta cordialidad, pero con el acortamiento de los días ésta iba disminuyendo en correspondencia con la caída del sol, hasta desaparecer por completo en los meses invernales. Todos se encerraban entonces en sí mismos, aislados de los demás. Ello dificultaba mi trabajo, que precisaba mantener una relación cercana con la gente, una labor que a veces me parecía desesperada. Como es natural, fui llamando de puerta en puerta, había entrado en todas las casas para llevar mi bendición, pero topándome siempre con la más rígida circunspección. No hubo nadie al que se le ocurriera invitarme a entrar y sentarme, ofrecerme un vaso de agua, u obsequiarme al menos con una sonrisa... En realidad, sí obtuve una, aunque fuera sarcástica, de un sujeto que me interpeló a propósito de mi visita, preguntándome si es que las bendiciones, al igual que los productos alimenticios, tenían fecha de caducidad, y si por casualidad la bendición impartida en su momento por el padre Cristoforo no había de considerarse ya válida.

Gente dura, las ovejas de mi grey, gente cerrada, irritante, unida —casi podría decirse— por un pacto secreto que se remontaba a un pasado lejano. Que nadie demostraba buena disposición hacia los forasteros estaba claro. Incluso a los turistas, que representaban una parte importante de la economía local, a duras penas se les dispensaba una fingida tolerancia, considerándolos un mal necesario, y todos suspiraban aliviados al verlos marcharse al final del verano. Mientras ocuparan habitaciones de hotel y comprasen productos locales, todavía se los aguantaba, pero ay de aquel de esos ricachones,

procedentes de las grandes ciudades, al que se le ocurriera preguntar si había algún terreno en venta para construir una casa de vacaciones, o un edificio abandonado que reformar. Debía enfrentarse entonces a un infranqueable muro de silencio. De modo que resultaba totalmente comprensible que ante los ojos de los habitantes yo fuera un intruso que había venido al pueblo con la intención de reemplazar a la nunca bien ponderada figura del párroco o, en cualquier caso, para aplicar cambios que a nadie le resultarían agradables. Es bien sabido que el carácter de las personas sufre la influencia del lugar, y con todo, esta explicación no me satisfacía por entero. Había algo más que aún se me escapaba: los habitantes de Dichtersruhe parecían estar todos bajo el influjo de un hechizo. Y se debió a la pura casualidad el que consiguiera desvelar el misterio.

CAPÍTULO 3

Estaba yo un día en la oficina de correos para despachar la correspondencia del párroco, cuando por detrás del cristal de la ventanilla reparé en un paquete en la bandeja de salida, dirigido a una editorial. Y también vi claramente el nombre del remitente, un tal Hans Schwartz que vivía en un extremo del pueblo y cuyo oficio era el de charcutero. Qué podía tener que ver aquel individuo con Schuster & Schuster de Berlín, no fui capaz de imaginármelo. La única explicación plausible era que se tratara de un tardío cambio de idea acerca de la adquisición de alguna costosa colección de libros. Me habría olvidado del episodio de no ser porque, apenas una semana después, otra vez en la oficina de correos, algo despertó de nuevo mi curiosidad. Me hallaba en la cola del mostrador y delante de mí estaba Joseph Müller, el panadero. Él no se había percatado de mi presencia, de modo que pude echar un vistazo por encima de su hombro. Lo que llevaba en la mano era un grueso sobre, con los bordes reforzados con cinta adhesiva. Lo estrechaba contra su pecho, si bien podía leerse claramente el nombre del destinatario: esta vez se trataba de Kriegel Verlag de Múnich.

Al percatarse de que yo estaba detrás de él, justo en el momento en que se disponía a entregar el paquete, pareció fulminado por un repentino cambio de idea que le hizo dar marcha atrás. Arrancó el sobre de las manos del empleado y, visiblemente avergonzado, salió de la oficina. Comprendí de inmediato que la razón de su extraño comportamiento tenía que ver con mi presencia. En el lapso de tiempo que tardaría el empleado para pegar los sellos y timbrarlos, yo habría podido leer la dirección y el nombre de su destinatario. Para no correr este riesgo, Müller había preferido llevárselo de vuelta a casa. Todo ello me pareció extremadamente raro, tanto que decidí seguir investigando. Alrededor del mediodía, cuando más aglomeración había

en la plaza, empecé a apostarme cerca de la oficina de correos, donde parecía tener lugar una intensa actividad. Y así pude ver cómo un día entró uno de los Meyer con un grueso sobre en la mano que se disponía a enviar, y toparse en la puerta con uno de los Webern, que acababa de retirar un sobre muy parecido al de Meyer. Había, en consecuencia, un notable trajín de correo, tanto saliente como entrante. ¡Realmente poco usual para un pueblo de mil almas! Por ser breve, gracias también a la complicidad del nuevo director de la sucursal de correos, un joven irreverente que venía de la ciudad, a quien le importaba un pimiento la privacidad, descubrí que en Dichtersruhe todo el mundo escribía, o que por lo menos no había una sola familia que no contara con un aspirante a escritor entre sus filas. ¡Increíble! Eran todos poetas, cuentistas, historiadores, novelistas... No había otro lugar en el mundo con un número tan alto de voluntariosos literatos. Y todos ofrecían sus propios manuscritos a las grandes editoriales, que invariablemente los devolvían al remitente. Sin embargo, nadie se desanimaba —la paciencia de los habitantes del valle es proverbial— y seguían escribiendo novelas, poemas, memorias y lo que fuera, para reemprender de nuevo su ofensiva con alguna nueva editorial. En Dichtersruhe todo el mundo escribía de todo, y no sólo los vivos, sino que también los muertos reclamaban sus derechos. Y así, cada pedazo de papel en el que se había impreso o escrito algo —desde la correspondencia entre familiares hasta contratos de compra y venta de tierra o ganado— se exhumaba y almacenaba para poder extraer algún día algo inédito acerca de la historia de la familia o del propio pueblo. Por más que hubieran pasado ya dos siglos desde que el gran poeta pasara por allí, aún seguía presente en espíritu como un numen tutelar; todos se sentían iluminados por la luz de un cometa, e imbuidos por una misión común. El arte de escribir no difería gran cosa del de trabajar la madera o la arcilla, y cada uno se las apañaba lo mejor que podía, según su predisposición, humildemente, sin la menor veleidad literaria, sin ninguna ambición. En apariencia, por lo menos, la escritura era un pasatiempo, una actividad recreativa abierta a cualquiera que quisiera aventurarse en ella, sin hostilidad alguna hacia quienes cultivaban la misma pasión. Hasta entonces nadie había destacado, y la grey vivía tranquilamente pastando cada uno en su propio pedacito de tierra. Es cierto que en sus corazones no habrían desdeñado cierto reconocimiento, aunque fuera mínimo, pero aquélla era una esperanza guardada en lo más profundo, embrizada, y en todo caso, fantaseada sólo en

los sueños más íntimos. Entrar en contacto con las grandes editoriales equivalía pues, en términos de probabilidad, a probar suerte en la lotería nacional. En cualquier caso, suponía ya una gran satisfacción recibir una carta que terminaba por lo general con las palabras: «A pesar de haber apreciado su trabajo, por el momento nos vemos obligados a rechazarlo. Le deseamos más suerte etcétera, etcétera».

Muchas de estas cartas se enmarcaban y se colgaban de la pared, como si fueran certificados de mérito.

CAPÍTULO 4

En cuanto conocí este inocente secreto, me sentí predispuesto a juzgar a mis feligreses con mayor benevolencia. Fue la toma de una nueva conciencia que me hacía mirar a la gente de forma diferente, tratando de adivinar a qué categoría pertenecían. El burgomaestre Keller, por ejemplo, ¿sería acaso un novelista? ¿O más bien un historiador? ¿O tal vez un amante del género policiaco? Por mucho que mantuviera con él una cierta relación de amistad, nada de aquello se filtraba en nuestras conversaciones, que por lo general versaban sobre política internacional. Y la esposa del concejal cantonal Linz, tan sofisticada en su manera de vestir, y pronunciando esa elegante erre a la francesa, ¿dedicaría sus horas libres a escribir una romántica historia de amor? Y ¿quién podía imaginarse que el tendero Bauer era el autor de una trilogía de ciencia ficción? Mi cerebro no podía dejar de trabajar en una sola dirección: en el café Oetker, donde iba a veces a echar un vistazo a los periódicos, aguzaba el oído en un intento de captar lo que se decía en las mesas de al lado, pero a través del filtro definitivamente contaminado de mi mente tenía la impresión de que el tema de las conversaciones de los parroquianos —quienes quizá estuvieran discutiendo sobre deportes o política— era siempre uno solo: la gran literatura.

Empecé a experimentar un sentimiento de simpatía incluso hacia el párroco. Aunque no pudiera dejar de preguntarme qué podría haber de interesante en esos miles de páginas escritas a lo largo de los años por un hombre que nunca se había movido de Dichtersruhe.

El descubrimiento de la pasión secreta de mis feligreses me dio la oportunidad de entablar con ellos una relación más estrecha. Comencé a llamar su atención mencionando cada vez más a menudo en mis sermones el tema del arte, y en particular el de la literatura. Y no tardé en darme cuenta de

que había dado en el clavo. En poco tiempo, me encontré con la iglesia atestada de fieles.

Para entonces, mis sermones dominicales no se referían a otra cosa, y eran por ello muy seguidos. Hablaba de la dura trayectoria que se vieron obligados a sufrir en el pasado escritores y poetas, que sólo después de su muerte habían obtenido la digna consagración de público y crítica. Les contaba la existencia de auténticos talentos que no habían sido reconocidos en vida a causa de la miopía de sus contemporáneos. Intentaba resaltar el aspecto positivo que un rechazo o una derrota puede representar en la formación de una personalidad artística. La mayor parte de mis sermones no eran más que lecciones de literatura, pero no dejaba de exhortarlos a mantener la guardia alta contra todas las tentaciones que el diablo podría despertar en ellos, a través del orgullo y la envidia, y ante otros peligros que pueden ocultarse en una actividad que, en su búsqueda de la belleza, debería ser suficiente recompensa en sí misma. Vino en mi ayuda el propio Goethe, de quien leía a menudo pasajes enteros sacados del *Fausto*. ¡Qué cosecha inmensa de reflexiones se encerraba en su poema! Y mientras hablaba desde el púlpito, podía apreciar las caras que se encendían cual si fueran mechas a las que rozaba el paso de una llama. Por sus expresiones podía adivinar cuál era su pasión secreta. Empezaron a asistir a la misa dominical incluso las tres familias más antiguas del lugar: los Müller, los Meyer, los Webern, a las que pertenecían las tres posadas que se disputaban el privilegio de haber dado hospitalidad a Goethe. Entre ellas no se observaba rastro alguno de inquina. Las tres familias actuaban de buena fe, las tres estaban convencidas de tener razón. Y sólo Goethe habría podido decir qué ocurrió en realidad. A pesar de que se disputaran ese privilegio, no lo hacían con fines de lucro; los clientes no les faltaban, tanto era así que por encima de la entrada campeaba un cartel durante todo el verano que rezaba completo; por lo tanto, entre ellos nunca hubo desavenencias, al contrario, en muchas ocasiones contribuyeron de común acuerdo a iniciativas destinadas a mantener viva la memoria de aquel lejano acontecimiento, e incluso se habían puesto de acuerdo para encargarse a su costa la fundición en bronce de la estatua del poeta. Pese a todo, una competencia oculta no dejaba de pervivir en sordina, y si el nombre de una de las tres familias hubiera aparecido en la portada de un libro del que una editorial importante hubiese impreso miles de ejemplares, esto habría

disipado toda duda acerca de la añeja cuestión.

CAPÍTULO 5

No está claro de qué manera Dichtersruhe, aquel pueblo encajonado en uno de los muchos valles helvéticos, pudo llegar a atraer la atención del diablo. Presumo que fue a causa de ese destello de notoriedad que invadió el pueblo tras el premio recibido por uno de sus habitantes, seleccionado en un concurso nacional de literatura infantil. Quien lo ganó no fue ninguno de los Meyer, ni de los Webern, ni de los Müller, sino que, para gran sorpresa de todos, fue Marta, la única hija de la viuda Bauer, una chica a la que en el pueblo todos consideraban retrasada mental. Se decía que la causa de su discapacidad había sido un extraño incidente que le ocurrió a su madre cuando estaba en el octavo mes de embarazo: una noche, las patas carcomidas de la maciza cómoda que se hallaba en el dormitorio cedieron de repente y el mueble cayó hacia delante, haciéndose añicos contra el suelo. Tal fue el susto, que la pobre mujer rompió aguas, y después de un parto turbulento, debido a la posición poco dichosa del feto, dio a luz a una criatura grácil, cianótica y con dos vueltas de cordón umbilical alrededor del cuello, que sólo al cabo de varios minutos empezó a dar las primeras señales de vida. Privado durante demasiado tiempo del aporte necesario de oxígeno, el cerebro de la niña sufrió daños severos, lo que excluía cualquier posibilidad de poder llevar en el futuro una vida normal.

En aquel momento, Marta ya tenía veinticinco años. Hasta que un muro del convento de las Ursulinas se derrumbó a causa de las filtraciones de agua, con la consecuencia de afectar a la estabilidad de todo el edificio y obligar a las monjas a buscarse un nuevo alojamiento, Marta había vivido recluida entre esas paredes, destinada a los trabajos más humildes. Cuando salió, ya era toda una mujer, pero tan pequeña y escuchimizada que parecía una niña de trece años. Cuando ya muchas mujeres de su edad llevaban largo tiempo

casadas y habían traído niños al mundo, Marta parecía marcada por todos los años que había pasado en el convento. Miraba a los hombres con implacable estupor: los veía como grotescas representaciones del género femenino llevadas a sus límites extremos; no conseguía acostumbrarse a que tuvieran la voz grave y el pecho plano, y pelos en la cara, y esa protuberancia, además, sobre cuyas funciones algún bromista le había informado, provocando en ella una irrefrenable hilaridad. Marta casi nunca salía de casa, a no ser en compañía de su madre, y los lugares donde pasaba la mayor parte del tiempo eran la cocina y el huerto de la parte posterior de su vivienda. Las monjas le habían enseñado a leer y a escribir, pero su gran pasión era el dibujo, y en especial la acuarela. En aquellos años de aislamiento había desarrollado su propio mundo poético, dando vida a objetos cotidianos como cucharas, cuchillos y tenedores, y uniéndolos a plantas, frutas e insectos del huerto, donde, en verano, pasaba gran parte de su tiempo.

Hasta entonces nadie había sospechado nunca que esa chica retrasada pudiera cultivar tan en secreto un talento capaz de darle un día su momento de gloria. Las tres familias más antiguas de la localidad se mostraron incapaces de consuelo ante esta evidente injusticia, y elevaron los ojos al cielo con una expresión de reproche. ¿Sería que Goethe había querido poner así fin a su interminable disputa de manera salomónica, enviando la inspiración, no a ellos, sino a una pobre demente? Sea como fuere, el caso de Marta Bauer llenó rápidamente las páginas de los periódicos: sus sencillas cantilenas que narraban historias de amor entre hortalizas y flores, ilustradas con gran destreza, le habían valido el primer premio. Todo Dichtersruhe, sin embargo, se benefició de ello: durante unas cuantas semanas fueron numerosos los enviados de distintos medios que llegaron al lugar, incluso desde el extranjero. Se sacaron varias fotos de las tres posadas enfrentadas. Y no tardó mucho el caso de Marta Bauer y del pueblo de los literatos, marcado por el fulgurante paso de Goethe, en pasar a ser de dominio público.

Y una noticia como ésa no podía escapársele a un pobre diablo que, encontrándose desde hacía tiempo desocupado, no esperaba otra cosa que probar suerte en una nueva empresa. Dichtersruhe se había convertido en un lugar rico en almas desilusionadas, maceradas en la espera, donde valía la pena arrojar las redes.

Y que su llegada coincidiera con un repentino despertar de la rabia selvática no me pareció en absoluto una coincidencia.

Hoy como entonces, siempre he creído en las premoniciones. No estoy hablando de las relacionadas con la superstición popular, del estilo de que si rompes un espejo debes esperar siete años de mala suerte, o si pasas por debajo de una escalera, te sucederá una desgracia, y así sucesivamente, sino que creo más bien en esas señales que provienen de la naturaleza, inequívocas como las plagas de Egipto: una repentina epidemia entre el ganado, una inexplicable mortandad de aves, una invasión de insectos...

Pues bien, la rabia selvática existe y siempre ha existido. Sin embargo, se mantiene dentro de ciertos límites. Pero cuando una enfermedad endémica vive un resurgimiento repentino, cuando los zorros rábicos parecen poner bajo asedio tu pueblo precisamente y deambulan de noche por las calles entrando en los patios y raspando la puerta, y ni siquiera al recibir descargas de fusiles se asustan, entonces sí, puedes llegar a pensar que se trata de una sombría premonición, o tal vez de una advertencia divina.

CAPÍTULO 6

Fue lo que le sucedió a Dichtersruhe la primavera que siguió a mi llegada. Las primeras señales las proporcionó un perro que manifestó síntomas sospechosos. El animal siempre había estado encadenado en un patio, y por lo tanto sólo pudo haber sido atacado en aquel mismo sitio. La cuestión pasó casi desapercibida, entre otras cosas porque no hubo un diagnóstico preciso por parte de un veterinario. Pero dos semanas después se avistaron algunos zorros en el pueblo, y otros animales domésticos fueron contagiados. Ya era mayo y faltaba poco más de un mes para la llegada de los primeros turistas. Por lo tanto, se corría un serio riesgo de que la epidemia alcanzara su apogeo justo en pleno verano, y nadie quería asumir la responsabilidad de que cundiera la alarma entre los excursionistas entusiastas que acudían en tropel a Dichtersruhe, especialmente para realizar largas caminatas por el bosque. Era impensable bloquear los senderos e impedirles acceder a las zonas infestadas, pero tampoco se les podían ocultar los peligros que corrían. Sí, porque ya no cabían más dudas: esta vez el veterinario local había realizado pruebas de laboratorio que confirmaron la presencia del virus.

El burgomaestre no se lo pensó dos veces y alertó de inmediato a los cazadores para que sacaran a los zorros de sus madrigueras y exterminaran a sus camadas. A pesar de una cuidadosa búsqueda, apenas se encontraron unas cuantas madrigueras, vacías, ya que los cachorros ya habían sido trasladados a otra parte, o tal vez, como solución extrema, devorados por sus propias madres. A fin de cuentas, no se avistó un solo zorro siquiera. Sin embargo, tan pronto como caía la noche, se entreveían sus sombras deslizándose cerca de los muros. La gente se atrincheraba en casa, y en plena noche sus estridentes ladridos llegaban del bosque. ¡Qué vocerío salía de aquellas fauces! Una sinfonía horrible, insoportable, hasta el punto de que tuve que

taparme los oídos para no volverme loco. Empecé a notar que mis nervios no aguantarían mucho más: apenas conseguía dormir unas pocas horas cada noche, y durante el día saltaba como un resorte ante el menor ruido...

Quizá pueda parecerle la mía una reacción excesiva; permítame por ello que le aclare la causa: hay ciertos temores arraigados en nosotros de los que nunca podemos liberarnos. Hay quienes se estremecen ante la mera idea de una araña, quienes se desmayan ante la vista de un ratón, o de una serpiente... Pues bien, lo confieso, todavía siento un terror fisiológico por los zorros, un terror que nunca he logrado dominar, a pesar de estar convencido de haber identificado la causa. Estoy seguro de que esta fobia depende de un episodio que me ocurrió en mi más temprana infancia. En aquel entonces me regalaron un perro, un joven setter con quien pasaba a menudo todo el día. Su único defecto era el de ceder a su naturaleza venatoria, por la que se alejaba de casa para volver al cabo de varios días incluso. La última vez, sin embargo, su ausencia se prolongó demasiado tiempo. Al cabo de una semana de espera, mi padre me dijo en un aparte que era inútil esperarlo y que tenía que resignarme, porque el perro ciertamente no regresaría. Lloré y me desesperé ante la idea de no volver a verlo. Y tal vez hubiera sido eso lo mejor, porque al cabo de unas semanas de ausencia, el perro volvió. O, mejor dicho, regresó lo que quedaba de él. Un día, mientras miraba desconsolado por la ventana, lo vi, sentado en la hierba alta. Parecía estar esperándome... Salí corriendo y fui a su encuentro. Sin embargo, enseguida me pareció extraño que no reaccionara lo más mínimo ante mi llamada: continuó inmóvil en la hierba. Ni siquiera se movió cuando me acerqué a pocos metros de él. Me percaté de inmediato de que se encontraba en un estado lamentable: heridas por todo el cuerpo, reducido a la piel y los huesos. Pero cuando extendí mi mano para que me reconociera, el perro se lanzó contra mí, tratando de mordirme, y se debió sólo a su extrema debilidad el que no lo lograra. Di un salto hacia atrás y pude esquivar su ataque; su reacción, sin embargo, me había dado un susto de muerte, y me eché a llorar. En ese momento sucedió algo que nunca olvidaría: el desgraciado animal, al que se disputaban dos opuestas naturalezas en pugna, se postró a mis pies y empezó a gemir de manera desgarradora, como si me pidiera perdón por haber intentado lastimarme, como si quisiera ponerme en guardia porque la naturaleza malvada estaba a punto de imponerse en él. No recuerdo nada más

salvo que mi padre llegó a tiempo para llevarme a un lugar seguro. Fue él quien me dijo que lo que lo había reducido a tal estado había sido la mordedura de un zorro. Y desde entonces, ese elegante animalito se transformó en el terrible propagador, difusor de la rabia, emblema mismo del mal. Ha poblado mis peores pesadillas, se ha convertido en mi fobia más arraigada. Hasta hacer vacilar mi propia fe. Sí, porque en ese episodio se encerraba el misterio de la naturaleza humana. ¿Era transmisible el mal? ¿Era contagioso? ¿De qué servía, pues, perseguir el bien, cuando éste podía ser puesto patas arriba por un simple rasguño o un hilo de baba?

En aquellos días, mientras el asedio de los zorros seguía extendiéndose, imparable, mis dudas se hicieron cada vez más fuertes. Y tal vez no habría podido soportar la tensión y habría huido del pueblo si el fenómeno no hubiera cesado tan repentinamente como había comenzado. Los zorros se retiraron a las profundidades del bosque, devolviendo la paz a los habitantes de Dichtersruhe. Algunos explicaron lo ocurrido con el cambio de luna, otros con los padrenuestros del párroco, o con la procesión de santa Marta, patrona del lugar; o tal vez podría simplemente pensarse que la enfermedad había completado su curso natural y que, después de haber alcanzado su pico máximo, había retrocedido espontáneamente. A pesar de todo, se tomaron todas las precauciones posibles: los animales sospechosos de estar infectados fueron abatidos y arrojados a un pozo grande en un lugar apartado, donde se les roció con cal antes de ser enterrados. Los aldeanos no se lo podían creer, parecía casi un milagro que la temporada turística, ya en puertas, no corriera el peligro de verse comprometida.

Si el fenómeno había cesado, ello dependía del hecho de que el diablo ya había pisado el territorio. Pero el único que estaba al corriente de su llegada era yo. Ahora se trataba de identificarlo, una tarea que no parecía nada fácil. Y además, había que preguntarse de qué manera actuaría, qué estrategia aplicaría ante una pacífica comunidad de aldeanos de carácter tan retrógrado y receloso.

CAPÍTULO 7

Pensándolo bien, ¿cuál es la ganzúa capaz de forzar el ánimo de un aspirante a escritor que lo ha intentado todo sin resultado? Es necesario hacer palanca en su vanidad, reconociendo en él al genio incomprendido, presentarse como un taumaturgo capaz de proponer remedios, de devolver esperanzas, de reconstruir ilusiones..., y para un aspirante a escritor, ¿qué otra figura aparte de la de un editor complaciente posee todas esas cualidades? Era justo lo que hacía falta en el pueblo de los literatos: sólo se precisaba un diablo editor que, llegado de quién sabe dónde, penetrara en Dichtersruhe como el zorro en el gallinero. Así pues, no hubo ninguna necesidad de ir a buscarlo, porque fue él quien se manifestó a la comunidad de la manera más exagerada que pudiera uno imaginarse. Como es natural, sabía bien por quién empezar: después de haberse trabajado a fondo al burgomaestre Keller, exponente del poder temporal, pasó a la fase sucesiva, lanzando el primer ataque al poder espiritual. Pidió una reunión con el párroco del pueblo, reunión a la que, en mi calidad de vicario, desde luego no podía dejar de asistir. El padre Cristoforo ya había sido advertido de su llegada, y esa mañana parecía inusualmente excitado. Entró varias veces en la cocina para dar indicaciones al ama de llaves, y al toparse conmigo en la escalera me anunció, todo exultante, que íbamos a recibir la visita de un importante personaje, que tal vez se quedara a almorzar. En un primer momento pensé en algún eclesiástico ilustre que, por hallarse de paso, se hubiera dignado a visitar nuestra pequeña parroquia de montaña. Todavía era incapaz de imaginarme que no tardaría en toparme con el diablo en persona. Comprendí de inmediato que era él cuando lo vi llegar escoltado por una delegación municipal. No me habría sorprendido si también lo hubiera acompañado una fanfarria. Sólo entraron el burgomaestre y él. Después de saludar al padre Cristoforo,

inclinándose en un intento de besarle el anillo —gesto al cual el párroco, agradablemente confundido, sólo opuso una débil resistencia—, el diablo se volvió hacia mí.

—Bernhard Fuchs —dijo, tendiéndome la mano, que me guardé bien de tocar.

Respondí haciendo una media reverencia, y con la mano derecha presionada contra el pecho, como si quisiera esconder un descosido o la pérdida de un botón.

—Editor de Lucerna —agregó, con el brazo tendido en el aire, pero yo permanecí inflexible, hasta que lo vi retirar su mano, disimulando hábilmente el desaire. Pero había bastado con que pronunciara su nombre, «Bernardo, el Zorro», para que se me helara la sangre en las venas.

Es difícil de creer que se trate de una coincidencia, pensé. Tal vez hubiera hecho mal en no estrecharle la mano, pero ese gesto tan común también sirve para sancionar un pacto, lo último de lo que tenía ganas tratándose del diablo. El caso es que así había descubierto mis cartas: él sabe que yo sé, y esa ventaja me lleva. Conoce mis debilidades, mis miedos, sabe que su nombre —Zorro— ejerce en mí el efecto de un puñetazo en el estómago. Pero también sabe que siempre podría salpicarlo con agua bendita. Así pues, por el momento, se establece una tregua temporal.

Creo que ninguno de los presentes percibió nuestra íntima hostilidad. El burgomaestre Keller se estaba literalmente licuando como una vela ante su propia llama, mientras el párroco se afanaba por abrir una vitrina donde guardaba cierto vino dulce reservado para las grandes ocasiones. Mientras tanto, el ama de llaves, con las mejillas jaspeadas de rojo a causa de la emoción, buscaba en vano un espacio donde apoyar el azafate con los vasos de cristal de Bohemia. Y así pude ver manifestarse en él (en el diablo, quiero decir) esos rasgos característicos que, para un ojo atento, lo hacen reconocible: todo en su persona peca de exceso, su risa resulta grosera, su gesto teatral, el pelo peinado hacia atrás, más bien largo y untuoso, está teñido de negro; los labios purpúreos, afilados, con las comisuras hacia arriba como imitando una sonrisa perenne; los incisivos grandes, en forma de cincel, afectados por un llamativo diastema, y la voz, la voz desde luego, donde parece ocultarse el secreto de su encanto, rotunda, impostada, sin asperezas, sin picos, pero bastaría con disminuir su frecuencia con la ayuda

de una cinta magnética para detectar un trasfondo de suspiros y lamentos. Está perfectamente claro que el burgomaestre y preboste han caído en sus garras, y que incluso el ama de llaves bailarían desnuda en medio de la plaza si tan sólo él se lo pidiera. Ante mis ojos está teniendo lugar un espectáculo, como poco, embarazoso, al que, muy a mi pesar, me veo obligado a asistir. Es inexplicable ver cómo personas más que maduras —también el burgomaestre ha superado con creces los setenta— se comportan como niños frente a un palo de algodón de azúcar. El párroco, en especial, no puede ocultar su entusiasmo por esa presencia venida de lejos. ¡Un editor! Que parece estar interesado en su obra. «¿Lo ve, lo ve?», dice señalando los distintos cartapacios que a esas alturas ocupan cada rincón. «Un trabajo que me ha tenido ocupado durante veinte años», prosigue con un temblor en su voz. «Ya veo, ya veo», responde el diablo, cogiendo un legajo para hojearlo con íntima voluptuosidad. Lo revisa, lo mira y remira, hunde la nariz en él como si buscara el rastro de un misterioso aroma, y todo esto bajo los ojos benévulos del párroco, que no se descompone lo más mínimo —él precisamente, tan celoso de sus escritos—, sino que, al contrario, se complace en que alguien ponga las manos encima. Por supuesto, no se trata de una persona común, sino de un editor, y de Lucerna, además. «Ya veo, ya veo», continúa el diablo. «Una obra ponderosa, toda una vida al servicio de una comunidad: una obra que no puede permanecer encerrada en un cajón, desde luego, sino que ha de alzar el vuelo.» Luego, dirigiéndose al burgomaestre, añade: «Y con ésta son dos, dos obras dignas de ser dadas a la imprenta».

Ah, esto me coge de nuevas, *tu quoque*, ¡tú también, burgomaestre, tienes una novela en el cajón! ¿Quién lo habría dicho? Y es precisamente el burgomaestre, visiblemente confundido como una pucela, el que toma la palabra:

—Nada en comparación. Lo mío no es más que una pequeña colección de pensamientos, expresados en verso, ni remotamente me atrevo a llamarlos poemas, son sólo un himno a nuestras montañas.

—Vamos, señor burgomaestre, no sea modesto. Por mi larga experiencia soy capaz de reconocer dónde se esconde el talento.

Ante estas palabras, el burgomaestre queda completamente confundido, ya no sabe qué decir. Intenta cambiar de tema, y dirigiéndose al párroco, y consecuentemente también a mí:

—Me tomo la libertad de informarles del grandioso proyecto que el aquí presente señor Bernhard Fuchs, de Lucerna, tiene previsto realizar precisamente en Dichtersruhe. Por favor, continúe usted, señor Fuchs...

El señor Fuchs agita en el aire el cartapacio que sostiene en su mano, como si fuera el borrador de un manifiesto político, y, en efecto, lo que está a punto de pronunciar es el anuncio de una revolución.

—Dichtersruhe no se merece el olvido —empieza a decir—. Goethe, el gran poeta, a quien uno de mis ilustres antepasados quiso inspirar su gran poema, no pasó sin razón alguna por este pueblo. Y yo, como depositario del conocimiento humano, en mi condición de editor excelentísimo, no permitiré que esto suceda. Me prodigaré de todas las maneras para que el talento salga a la luz, para aventar la paja y que sólo quede el trigo maduro, para que el fango se lave y lo que reluzca sean las pepitas...

Qué extraña manera de hablar, pienso. ¿De dónde viene este sujeto? ¿De otra época acaso, de la que aún lleva pegada encima la oratoria? Pero al instante me doy cuenta de que el eloquio es parte de su naturaleza histriónica: gesticulación amplia, voz rimbombante, adjetivación rebuscada, mirada atenta, siempre lista para captar en su improvisado auditorio cualquier signo de incredulidad para poder cortarlo de raíz. Editor excelentísimo..., ¡ya me gustaría verlo a mí! Inmerso en mis pensamientos, algo de su discurso se me escapa, pero por fin llega al grano:

—Y a causa de este noble motivo es por lo que tengo intención de establecerme en este lugar, a fin de que pueda serme más fácil llevar a cabo un trabajo de criba y de mayéutica, que se prevé largo y minucioso.

Sigue un silencio interminable. Los cuatro, incluida el ama de llaves, a la que nadie se había tomado la molestia de despedir, nos quedamos frente a él, mudos y atónitos. El primero en reaccionar es el párroco.

—¿Significa eso, señor Fuchs, que nos haría usted el honor de establecer una sucursal de su empresa editorial en nuestra comunidad?

Y el diablo asiente. Por más que su fuerza resida en la palabra, sabe bien que en el momento adecuado también una pausa cumple sus debidos efectos.

Y en ese prolongado silencio me parece notar que los pensamientos del párroco crecen junto con los del burgomaestre, tan inaudibles como imagino que es el crecimiento de la hierba, o el de las hojas de los árboles.

El párroco carraspea, todo entusiasmo ha quedado truncado de repente, y

su rostro permanece colgando en el aire, con esa nariz púrpura.

—Mucho me temo —dice, con un temblor en la voz— que nuestra pequeña comunidad no está a la altura de un proyecto tan ambicioso.

—¿Por qué razón? —le apremia el diablo, visiblemente molesto.

—No me malinterprete, se lo ruego —responde el párroco—. Nos concede usted un gran honor al querer establecerse en nuestra comunidad, pero nos sorprende poco preparados, y sobre todo, no hay por desgracia en todo el pueblo ni un solo edificio libre y accesible para alojar una editorial...

—Y al decir eso, lanza una mísera mirada a sus papeles.

Ya ve desaparecer un sueño: sus tres volúmenes encuadernados en marroquín rojo con caracteres en oro (así es, en efecto, como imagina sus memorias recién salidas de la imprenta) vuelven a ser un montón de hojas amarillentas, dispersas aquí y allá por el despacho. Pero entonces interviene el burgomaestre.

—A no ser que...

—¿A no ser que qué? —se hizo eco el párroco, con un hilo de esperanza.

—Tomemos en consideración el viejo molino.

—Pero si no está en condiciones.

—El proyecto para su restauración lleva tres años listo en el ayuntamiento. Basta con que convoque una reunión extraordinaria del municipio para acelerar la práctica.

—Pero llevará tiempo de todos modos.

—Menos de lo que pueda pensarse. Y además, tenemos otro proyecto pendiente, el del antiguo convento de las Ursulinas. Si hasta el momento no se ha dado vía libre a las obras, sólo ha sido porque aún no sabíamos qué finalidad asignarle. Pero ahora ya no cabe la menor duda, a esos históricos muros no se les podría dar un mejor uso.

—Por supuesto —exclama el párroco—, cómo no se me habrá ocurrido antes. —De repente ha vuelto a engallarse, y su nariz se ha puesto otra vez roja como una farola. Sin embargo, ciertos vestigios de duda permanecen en él—. El caso es que llevará su tiempo restaurar el edificio, mientras que me imagino que el señor Fuchs necesitará un acomodo inmediato para comenzar su trabajo de selección y criba.

—En efecto —confirma el burgomaestre—. Para empezar las obras y

completarlas se requieren seis meses por lo menos, pero mientras tanto podríamos poner a su disposición algunas salas de nuestras oficinas municipales, que de momento sólo se utilizan como archivo. Se trata de dos ambientes. ¿Podría ser suficiente, señor Fuchs?

El señor Fuchs, que es el diablo en persona, considera que por el momento podría ser suficiente para recopilar y almacenar el material que ha de examinarse. Sin embargo, por la expresión de su cara no parece del todo satisfecho. Pero sólo harán falta unos cuantos minutos para que todo quede arreglado.

Incluso hoy, pensando en ello, no acabo de entender cómo pudieron orientarse las negociaciones con tan marcado provecho del diablo. Me vi obligado a asistir impotente a un diabólico enredo. Ellos precisamente, el párroco y el burgomaestre, que siempre habían defendido Dichtersruhe de toda intrusión de forasteros con deseos de establecerse allí, ellos precisamente eran los que desplegaron la alfombra roja a este desconocido, sólo con la vaga esperanza de ver publicados sus escritos. *Chapeau!*

El resultado de la reunión fue que el burgomaestre le cedería el uso de dos amplias salas del edificio municipal, completamente amuebladas, y para su acomodo personal, el párroco, en un acto de generosidad, se ofreció a poner a su disposición, por una suma simbólica, una casa de su propiedad que alquilaba cada año a una familia berlinesa todo el verano.

Durante la reunión, yo no había dicho una sola palabra y sólo al final me pidieron que expresara mi parecer. En ese momento, hubiera querido hacer o decir cualquier cosa para despertarlos de aquel hechizo, pero lo único que salió de mi boca fue un comentario lacónico. «Magnífico», dije. Luego añadí otra cosa, por más que habría hecho mucho mejor en coserme la boca.

—¿Y por qué no convocar también un premio literario?

¡Nunca lo hubiera dicho! Lo que sólo pretendía ser una frase irónica, fue recibida en cambio con gran entusiasmo.

—Un premio literario que lleve el nombre de Goethe. ¡Una idea maravillosa! —exclamó el párroco.

Y así, sin quererlo, yo también había hecho mi propia contribución a la miserable farsa.

En el momento de la despedida, el diablo, alias Bernhard Fuchs, clavó en

mí esos ojos de un amarillo turbio, en los que parecían lidiar la astucia y la deferencia, y con un tono vagamente burlón me interpeló:

—Tal vez usted también, padre Cornelius, haya escrito su propia novela. No dude en sacarla del cajón.

—No creo tener ninguna.

—¿Está realmente seguro, seguro, seguro?

—Absolutamente seguro.

—Nunca se sabe si no se ha olvidado uno de algo. Quién sabe, tal vez algunas cartas. O algún diario secreto...

Por el momento no le di mucha importancia a sus palabras, pero éstas reaparecerían de nuevo en mi mente más adelante.

El diablo se despidió con la promesa de volver lo antes posible, dándonos tiempo para arreglar las cosas. Montó en un vetusto Daimler, con su correspondiente chófer, y se marchó del pueblo.

CAPÍTULO 8

Después de su partida, el párroco, el burgomaestre y yo nos reunimos varias veces para discutir los detalles de esa... locura, porque no podía definirse de otra manera. Traté de inducirlos a reflexionar sobre lo que se disponían a hacer. ¿Le sonaba tal vez a alguien el nombre de la editorial? ¿Teníamos una dirección a la que dirigirnos? ¿Un asidero para poder investigar más a fondo la fiabilidad de ese sujeto? Pero no había manera de conseguir que razonaran. No creo que recordaran siquiera las facciones de aquel individuo. Por otro lado, de haber tenido yo mismo que dar una descripción suya, me vería en un aprieto, y eso que lo había observado atentamente. En la memoria, su figura se fragmentaba en numerosos detalles llamativos, como llamativa era su corpulencia, o el sonido de su voz impostada, de actor consumado; en eso estábamos todos de acuerdo, pero ¿se había fijado alguien acaso en su cojera, que hacía pensar que tenía una pierna artificial?, y esos cabellos de un negro corvino ¿no parecían una peluca?

Todos los intentos por mi parte para inducirlos a una mayor cautela a la hora de otorgar su completa confianza a un individuo de quien nada se sabía fracasaron. Quién sabe cómo reaccionarían si supieran que habían extendido un contrato con el diablo en persona.

Sin escucharme, el burgomaestre convocó de inmediato una reunión del concejo, y al cabo de unos días los dos locales en el primer piso del palacete municipal fueron desocupados, y los centenares de carpetas del archivo encontraron acomodo en el sótano. Se aplicó una nueva capa de pintura a las paredes, se pulieron los suelos de mármol, dejándolos resplandecientes, y se amueblaron las salas con cajoneras plegables y escritorios de nogal macizo. No sólo eso, sino que el burgomaestre insistió en que el premio literario se convocara de inmediato. Sobre su denominación no hubo dudas, pero hubo

en cambio enardecidas discusiones sobre los límites que habría que imponer al concurso: no se quería, en efecto, extenderlo a todo el territorio nacional. Al final se decidió que el Premio Goethe sería válido sólo para escritores residentes en nuestro cantón. El aviso se imprimió lo antes posible, con una fecha de vencimiento más bien cercana, dando así la oportunidad a los escritores de Dichtersruhe de poder presentar sus trabajos en los términos prescritos, y cortando el paso al mismo tiempo a todos los demás. La xenofobia sigue funcionando, excepto para el diablo, por supuesto.

En los días que siguieron, debido al mal tiempo entre otras cosas, me quedé en casa. El Föhn, el mortal viento cálido, barrió el valle durante dos días, deprimiendo los ánimos de la gente e instigándola al suicidio.

En aquel periodo de soledad me acordé de la malévola alusión que me había hecho el señor Volpone² acerca de un supuesto diario que guardaba en el fondo de un cajón, y del que quizá me hubiese olvidado. ¿Sabría algo en concreto el diablo sobre mí, o tal vez había dado fortuitamente en el blanco? Era, de hecho, a causa de un diario por lo que me hallaba confinado en ese pueblo: un cuaderno encontrado en la habitación de un joven seminarista, mi alumno, que había fallecido en circunstancias misteriosas. Se llamaba Stefan. Es cierto que me había convertido en el padre espiritual de ese joven, que, al haberse quedado solo en el mundo, se había apegado a mí de manera morbosa, aunque siempre había mantenido las debidas distancias pensando tan sólo en el bien de su alma. Es igualmente cierto que su muerte se produjo justo después de una acalorada discusión sobre la fe, y que en esas circunstancias había manifestado su voluntad de abandonar este mundo: palabras a las que no di excesivo peso. La tragedia ocurrió durante una excursión por la montaña, siguiendo un recorrido sencillo y carente de grandes peligros. Nos pusimos en marcha por la mañana temprano para llegar hasta un refugio situado a cierta altura, pero a mitad de camino, dado que se acercaba una tormenta, nuestro guía decidió que regresáramos. Sólo al llegar nos percatamos de su ausencia; ya había anochecido y no estábamos preparados para emprender su búsqueda. Confiábamos en que Stefan hubiera podido encontrar el camino por su cuenta. Aunque estábamos en pleno verano, la temperatura nocturna bajaba mucho, pero nos reconfortaba el saber que en su mochila llevaba un saco de dormir, suficiente para protegerle de las

heladas. La búsqueda comenzó al día siguiente a primera hora, y prosiguió sin éxito hasta caer la tarde. Y de la misma forma, al día siguiente se rastreó la zona palmo a palmo, incluso con la ayuda de perros de rescate de montaña. Las esperanzas de que aún estuviera vivo iban disminuyendo poco a poco. Al final se halló su cuerpo en el fondo de una garganta. Cuando me pidieron que lo identificara, casi pierdo el sentido: todo el lado derecho de esa hermosa cara que tan bien conocía, había quedado destrozado, despedazado por los zorros, por los malditos zorros. Todo daba a entender que se había tratado de un trágico accidente: Stefan, sin darse cuenta de que el grupo había dado la vuelta, había continuado por el sendero, hasta que lo sorprendió la tormenta. Habría sido la versión más plausible, de no haberse encontrado un diario en su habitación, en el que expresaba todos sus tormentos espirituales. Y el hecho de que en esas páginas también apareciera mi nombre dio lugar a una serie de sospechas y calumnias con relación a mí. Calumnias que no tenían visos de disminuir, pues quien quería arrebatar-me la codiciada cátedra de Filosofía siguió fomentándolas. Comenzó a extenderse la sospecha de que entre mi alumno y yo mediaban quién sabe qué clase de turbias relaciones, y no faltó quien insinuara que había sido yo quien lo indujo al suicidio. Hasta que el obispo, para silenciar el escándalo, me asignó como vicario a la parroquia de Dichtersruhe. Con eso, obviamente, todo fue acallado, la muerte del joven seminarista se atribuyó a una desgracia; el diario con su contenido quedó clasificado bajo secreto en manos del obispo, y después de mi marcha todo volvió a la normalidad. La alusión realizada, por lo tanto, no podía ser más que el fruto de una diabólica intuición. Y sin embargo se había revelado como un lanzazo para mi conciencia. Las tácticas del diablo consistían precisamente en esto: disparar al azar hasta acertar con la mala conciencia de alguien. Y mi conciencia no estaba del todo tranquila. Esa cara desgarrada por los zorros seguía apareciéndome en sueños. Veía su cuerpo caer braceando en el aire en un vano movimiento natatorio. No me perdonaba, de hecho, el no haber entendido la gravedad de la situación en la que se encontraba mi pupilo, y haberlo dejado sin amparo a merced de sus dudas y de sus miedos cuando más me necesitaba. Pero eso sólo lo sabía yo.

Dos días duró ese estado de aislamiento, hasta que una tarde el párroco me invitó a cenar. La idea de tener que pasar toda la velada con aquel viejo

aburrido no me hubiera atraído de no ser por el hecho de que era una buena oportunidad para tratar de ponerlo sobre aviso. Lo encontré inusualmente alegre y con una buena disposición hacia mí, e incluso la cena preparada por el ama de llaves resultó excelente. Para la ocasión, el párroco descorchó una botella de vino de primera calidad, Château de Praz, escogido en su bien surtida bodega, y al final de la comida se encendió un puro. Me llevó a su despacho, que estaba en perfecto orden, y me enseñó todos sus escritos reorganizados y recogidos en distintas carpetas con sus respectivas fechas. Pensé que era el momento adecuado para instilarle algunas dudas sobre la figura del señor Fuchs; traté de abordar el asunto indirectamente y le pregunté qué pensaba de aquel extraño fenómeno de los zorros que se habían aventurado hasta el pueblo.

—Es un fenómeno natural —dijo, frunciendo el ceño—. Como puede ver, la amenaza ha sido erradicada.

—Yo diría más bien que se detuvo espontáneamente. ¿No le parece extraño?

—Fueron nuestras oraciones sin duda las que los alejaron.

—¿Recuerda usted si en el pasado ocurrió alguna vez un fenómeno semejante?

—No; en lo que mi memoria me dicta, nunca hemos vivido nada parecido.

—¿Y si su presencia fuera una intervención divina, una especie de advertencia?

El párroco dejó caer la ceniza de su cigarro en el suelo. Me lanzó una mirada atónita.

—¿Advertencia de qué?

—De la proximidad de una desgracia para nuestro pueblo.

—¿A qué desgracia se refiere?

—¿No le parece extraño que inmediatamente después llegara al pueblo ese singular individuo?

—¿De quién está hablando?

—Del señor Fuchs.

—¿Así que para usted el señor Fuchs es un portador del mal?

El párroco, sin recato, estalló en carcajadas que desembocaron en una

serie de golpes de tos catarrosa. En cuanto se hubo recuperado, arrojó el cigarro a la chimenea.

—Mi buen Cornelius, está usted desvariando. No se da cuenta, en cambio, de la suerte que hemos tenido. ¿Desde cuándo un gran editor tiene la bondad de interesarse personalmente por nosotros? En cuanto a los zorros y a la hidrofobia, olvídelo, de lo contrario no hará más que fomentar la superstición.

Nuestra conversación terminó ahí. El párroco, sin embargo, me había invitado a cenar para asignarme una tarea que escapaba a mis habituales deberes pastorales. Quería que echara un vistazo preliminar a los manuscritos, que ya empezaban a llegar en abundancia a la sede municipal. Se trataba de hacer una primera selección, acompañándola acaso con un breve comentario: un trabajo de criba de lo más sencillo.

—Al fin y al cabo —dijo—, ha sido usted profesor en el seminario durante mucho tiempo, así que estará preparado sin duda para una tarea semejante. Hágase la cuenta de que son temas escritos por sus alumnos.

Esta alusión al seminario y a *mis alumnos* no me complació en absoluto. Pero quizá me estuviera volviendo paranoico.

A la mañana siguiente, un empleado municipal me trajo una docena de manuscritos a la rectoría, todos los que había sido capaz de cargar en brazos. Los dejé encima de mi escritorio, subdividiéndolos de acuerdo con su grosor. Empezaría, como es natural, por los más sucintos. Ya la caligrafía podía darme una primera impresión sobre su autor. En su mayor parte, estaban escritos a mano, algunos en mayúsculas, y sólo los menos mecanografiados con alguna vieja Olivetti de caracteres desvaídos. Esperaba obras de fantasía y me hallé, en cambio, frente a hechos concretos, con sus correspondientes nombres y fechas. En cuanto a la valoración, por sumaria que fuera, que debía presentar, tendría que sopesarla en cada caso de manera apropiada, pues era consciente de que debía actuar con cautela. Al hojear esas páginas comprendí de inmediato que tenía en mis manos lo que hasta entonces me había sido negado, es decir, la posibilidad de escrutar a fondo las almas de mis feligreses. No se podía esperar mucho de personas que habían nacido y vivido en esa tajada de tierra detenida al borde de la historia. Gran parte de esas historias se referían a vicisitudes familiares narradas con enorme

franqueza, a veces con excesivo candor. Resultaba singular el hecho de que personas cerradas y reticentes, incluso frente a su confesor, estuvieran dispuestas a divulgar sus secretos, con la condición de verlos estampados en caracteres de imprenta. Eran tantos los cadáveres que salieron de los armarios, que podían agarrarse de las manos y exhibirse en una descoyuntada *danse macabre*. Si bien había accedido inicialmente a esta tarea a regañadientes, el asunto empezaba ahora a ponerse interesante.

Al día siguiente, el mensajero me trajo otros tantos manuscritos, y luego más y más. Para entonces estaba completamente absorbido por un compromiso que se volvía cada vez más gravoso. Me levantaba temprano por la mañana y me iba a la cama bien entrada la noche con los ojos que me escocían. Tenía sueños extraños, debido a las innumerables historias que había leído. Grotescos personajes se alternaban ante mis ojos. En mis sueños, *Dichtersruhe* se convertía en un gran escenario iluminado por hogueras y, uno por uno, los actores salían a la palestra a representar su papel, mientras que en todo alrededor, desde la oscuridad del bosque al reflejo del fuego, relucían los ojos de los zorros al acecho. Una noche soñé que iba de viaje en tren. Estaba sentado al lado de la ventana y mi mirada se perdía en un páramo nevado, pero no tardé en percatarme de que no era nieve lo que veía, sino papel rasgado: montañas de páginas, de hojas, de manuscritos deshechos, de páginas rotas que cubrían cada franja de tierra. Y sobre esta superficie blanquecina, en paralelo al convoy, corría un zorro, perdiendo hilillos de baba de sus fauces abiertas. Me desperté de golpe y me encontré temblando, sentado en la cama, mientras desde fuera me llegaban, tan claros como si resonaran en la habitación, los gáñidos de los zorros. Quien nunca los haya escuchado no puede entenderlo: ningún otro sonido animal imita tan de cerca el grito humano. Eran las tres de la madrugada y sin duda alguna entre los habitantes del lugar debía de haber cundido ya la alarma, pero me bastó con asomarme a la ventana para darme cuenta de que en todo el pueblo no se había encendido una sola luz siquiera. En ese momento, un pensamiento aterrador se me pasó por la cabeza: ¿sería posible que fuera yo el único que escuchara esas voces? ¿Que resonaran únicamente en mi cabeza, como un mensaje dirigido sólo a mí, como queriendo decir: «¡Voy de regreso, espérame!»?

CAPÍTULO 9

Al día siguiente, el diablo regresó puntual a Dichtersruhe, a bordo de su berlina. Ese Daimler negro con lunas tintadas era su medio de locomoción habitual. Dónde aparcaba, nadie lo sabía; al igual que nadie podía explicar cómo era posible que estuviera listo siempre que se lo necesitaba, como si entre el diablo y su conductor hubiera un vínculo telepático. Pero sin duda en la casa que le había alquilado el párroco habría un teléfono, lo que despejaba toda hipótesis fantasiosa.

Tras ser recibido por la delegación municipal, se le condujo, antes que nada, a visitar los locales, lisonjeado y reverenciado por el burgomaestre, que lo seguía como un perrito. Este último quiso inaugurar las nuevas instalaciones con la ceremonia del corte de la cinta y un breve discurso. Excepcionalmente, también estaba presente el párroco, que debía impartir la bendición. Pero los ritos litúrgicos no eran del agrado del diablo, quien con una hábil estratagema evitó la intromisión divina; tampoco el párroco tuvo valor de insistir, puesto que el editor ya había tomado la palabra para informarnos de que un importante banco subvencionaría el premio con la suma de diez mil francos nada menos. Un murmullo de asombro siguió a esta noticia, e incluso un aplauso. En presencia del dinero todo pasaba a un segundo plano. El señor Fuchs manifestó su satisfacción; lo único que pidió fue que se colocaran cortinas en las ventanas, puesto que sufría de hipersensibilidad a la luz. Desde allí nos dirigimos a la casa que se había puesto a su disposición para su uso privado. El párroco lo acompañó a visitar el interior. Mientras subía las escaleras para llegar a la primera planta, me di cuenta de que tenía ciertas dificultades en doblar la pierna izquierda, afectada visiblemente por una rigidez inusual. Así obtuve la confirmación de que se trataba de una extremidad artificial. Después de haber inspeccionado las

habitaciones, con la excusa de tener que hallar un acomodo para un mueble al que tenía especial cariño, *le diable boiteux* pidió retirar de una pared toda una colección de minúsculas pilas de agua bendita. Y como la casa no distaba en exceso de la iglesia, obtuvo, por último, del párroco la promesa de reducir el uso de las campanas de la iglesia, porque, según explicó, padecía una malformación particular en el tímpano, lo que le hacía insoportablemente dolorosos ciertos sonidos agudos. Fuera lo que fuera lo que le hubiese pedido—incluso que demoliera la iglesia de hoy para mañana—, el párroco habría consentido de buena gana.

El señor Bernhard Fuchs se instaló en la casa que el párroco había puesto a su disposición y no tardó en empezar a dejarse ver por el pueblo, seguido por miradas de admiración y curiosidad. Por la mañana podía vérselo mientras paseaba por la calle o en el café Oetker, que pronto se convirtió en su cuartel general. Siempre iba rodeado por tropes de admiradores que lo acompañaban a todas partes. En el billar era un maestro, y también en el Jass,³ pero ¡ay del desafortunado compañero de juego que no se mostrara a su altura! A veces almorzaba en la pensión Müller, otras cenaba con los Webern, más raramente en casa de los Meyer, cuya cocina no apreciaba especialmente. Dondequiera que fuera, parecía gozar de crédito ilimitado. Tan pronto como metía un pie en un local, había siempre alguien dispuesto a sacar la billetera en su lugar. El editor, a cambio, repartía generosamente puros Maria Mancini, confeccionados, según decía, específicamente para promover la publicación inminente de *La montaña mágica*. Con estas premisas, su ascenso social fue rapidísimo: la Caja Rural le concedió crédito ilimitado, y el club Lions lo recibió como miembro honorario.

Una vez que tomó posesión de las oficinas que habían sido puestas a su disposición en el edificio municipal, quiso conocer en primer lugar cuántas eran las obras recibidas hasta entonces y pretendió obtener la lista completa de participantes. El mensajero municipal vino a recoger los manuscritos que yo ya había pasado por la criba, trayéndome otros a cambio.

—Al señor Fuchs le gustaría recibir una información detallada sobre el contenido —dijo el empleado al entregarme los documentos.

¡Qué cara más dura, increíble!

—¿Ah, conque sí? Pues dígale que puede escribirse sus fichas por su cuenta.

La situación era paradójica: aunque indirectamente, estaba trabajando para el diablo. Y poco había tardado en aprovecharse de esa posición de preeminencia, impartiendo órdenes, con el fin de ir fortaleciéndose en la medida en que yo me debilitaba. Los otros eran ya marionetas en sus manos, mientras que yo era el último obstáculo que debía abatir para gozar de plenos poderes sobre todo Dichtersruhe, así que —bien lo sabía— estaba listo para actuar con la máxima determinación. Lo que más me asustaba era el hecho de que no hubiera en todo el pueblo una sola persona dispuesta a echarme una mano. A juzgar por la reverencia con la que era recibido, había quedado descartada la posibilidad de encontrar un aliado. Todo el mundo lo adoraba, y no había día en el que no aparecieran delante de su puerta verduras frescas, embutidos, quesos y cajas de cerveza. El único en condiciones de ayudarme era el párroco, un hombre de Iglesia y de experiencia que sin embargo ya había dejado muy clara su posición, tomando su defensa y prohibiéndome difamar al que consideraba como un benefactor. Era evidente que cualquier otro intento de ponerlo sobre aviso comprometería mi posición aún más. Soliviantado como es debido, ante sus ojos yo no era a esas alturas más que un desequilibrado. Y la confirmación la obtuve una noche en la que el párroco había invitado al diablo a cenar.

Los muros de la rectoría eran bastante gruesos y no permitían que se filtrara ruido alguno. Había, sin embargo, un punto del patio interior que estaba justo debajo del comedor del párroco, y dado que la velada era particularmente calurosa, desde allí podían oírse sus voces, procedentes de una ventana que se había quedado abierta.

No me avergüenza decir que me aposté furtivamente allí para poder escuchar a escondidas. Al principio sólo oía las fragorosas carcajadas que lanzaba el diablo, luego comencé a escuchar su voz. Parecía ser el único que hablaba; desde donde estaba, podía oírlo muy bien, por más que tuviera algunas dificultades para entender el significado de las frases. De repente tuve la sensación de que hablaba de mí. Palabras como seminario, desgracia, suicidio... sólo podían referirse a mi persona y a la tragedia que aún pesaba sobre mi conciencia. Su voz iba y venía, señal de que caminaba arriba y abajo por la habitación. Las palabras se volvían más comprensibles sólo cuando se

acercaba al balcón, asomándose para mirar hacia abajo. Me aplasté contra la pared para no ser visto. «Podría representar un peligro para la comunidad — dijo—, debe ser alejado de aquí y sometido a tratamiento psiquiátrico.»

Pronunció esa frase en voz alta, como si supiera que yo estaba en condiciones de escucharla. Luego cerró los cristales de la ventana, y de esa conversación no pude enterarme de nada más.

Mientras tanto, en Dichtersruhe la cuestión del Premio Goethe estaba en boca de todos. No se hablaba de otra cosa. Diez mil francos suizos eran una buena suma. Por lo general, un escritor se conforma con una placa de oropel y con el aplauso de una reducida audiencia. Pero cuando a la gloria se le asocia el dinero... Bastaron unos pocos días para que todos en el pueblo estuvieran al corriente. El Premio Goethe se convirtió en el más codiciado de toda Suiza: no sólo implicaba una bonita cantidad que embolsarse, sino también la promesa de ver un libro publicado en la colección más prestigiosa, la reservada para los grandes de la literatura en lengua alemana.

Pero ¿existía realmente esa prestigiosa colección? ¿Existía realmente la editorial? Me preguntaba si alguien se tomaría alguna vez la molestia de informarse, pero evidentemente nadie lo había considerado necesario.

Sin darse cuenta, los habitantes de Dichtersruhe estaban perdiendo la cabeza. Cuando se supo que me estaba encargando de la primera lectura de los manuscritos recibidos, empezaron a asediarme. Me paraban por la calle o se presentaban ante mi puerta con alguna excusa para poder influir en mis decisiones a favor del hijo, del hermano, de un pariente... Nunca como entonces estuvo la iglesia tan iluminada por tantas velas, nunca antes las cajas de las ofrendas estuvieron tan rebosantes de monedas de plata. Incluso en el secreto del confesionario lo intentaban. No entraban en el meollo del asunto de inmediato, sino que le daban vueltas como a un plato de sopa caliente. Siempre había alguien que intercedía por algún otro, y de por medio siempre andaba la salvación del alma, la conversión, el arrepentimiento. Como si la gran literatura fuera obra de gente piadosa, motivada por buenas intenciones. Todo lo contrario. La gente, sin embargo, confunde a menudo el talento literario con la integridad moral. Tiende a medir su propia existencia con el metro de la literatura más banal, esa en la que se exaltan los valores positivos, donde todo se resuelve en función del bien colectivo, en la que los malvados

pierden y el bien triunfa. Pero si todo fuera tan sencillo yo no estaría aquí contando esta historia.

Mis esperanzas fueron vanas. De todos los escritos que tenía hasta ese momento, en esa plétora de páginas inútiles y redundantes, no había nada, en mi opinión, que fuera digno de mención. Al despacharlos, hubiera debido asignarles una penitencia, escrita en la parte inferior de la última página. Desgarra una por una todas las páginas de tu manuscrito, debería haberles dicho, reescríbelo otras diez veces, elimina una docena de adjetivos por lo menos en cada página, coge tu legajo y arrójalos al fuego. ¿Y qué penitencia debería haber asignado a los pretendidos poetas que estaban convencidos de que para construir un verso basta con acortar las líneas? Durante las largas horas dedicadas a la primera criba de los manuscritos, tuve casi la impresión de haber descubierto un principio fundamental aplicable a todas las artes, y a la literatura en particular, que podía formularse de la siguiente manera: cuanto mayor es el número de personas que se dedican a la misma actividad creativa, tanto más ésta decae. O tal vez, invirtiendo los términos de la oración: cuanto más decae un arte, mayor es el número de personas que a él se dedican. Pero ése es un signo de nuestros tiempos. Definitivamente, la gran literatura ha acabado por medirse con el charloteo callejero, las voces más puras quedan sumergidas como el canto de un niño en medio del alboroto de un mercado de barriada. La causa de todo eso es el miedo a la indiferencia. ¡Mucha atención a que se nos juzgue indignos del interés de los demás! Es mejor ser acusados, calumniados, burlados, antes que permanecer ignorados. ¿Qué es lo que induce a las personas a escribir, más que este vago temor de no haber hecho lo suficiente para garantizarnos una secuela de vida? Por esta razón debemos exhibirnos, hacer que circule nuestro nombre, nuestra imagen, reflejarnos en los ojos de los demás y, desde allí, imprimirnos indeleblemente en la losa metafísica del universo, facilitando así al Todopoderoso la tarea de poner en su sitio las piezas del mecano el día de la resurrección. La humanidad entera cultiva esa loca esperanza. Y la palabra es el medio ideal. Si en el principio de la creación era el verbo, ¿no es posible que el mundo y la vida hayan sido creados con el único propósito de que alguien pueda relatarlos?

CAPÍTULO 10

Sobre Dichtersruhe seguía cerniéndose una nube negra, tan negra como la tinta derramada sobre cientos, miles de páginas que nadie leería jamás. Por mucho que yo continuara con mi trabajo de criba, la tarea se presentaba cada vez más ardua. Y haciendo los debidos cálculos no me bastaría ni con un año para poder examinar a fondo todas aquellas obras. Hablé del asunto con el burgomaestre, quien me planteó otro problema: el de poder nombrar un jurado neutral, es decir, encontrar a personas completamente ajenas al concurso. Teniendo en cuenta los estrechos vínculos de parentesco entre los habitantes de Dichtersruhe, los únicos que podían echarme una mano eran el burgomaestre Keller, que estaba soltero, y que, pese a guardar también un libro en el cajón no podía participar en la liza, y, por último, el concejal cantonal Linz, que era de los pocos en el pueblo que no tenía los dedos manchados de tinta. Pero aun así, el problema sólo quedaba resuelto a medias: para despachar todo aquel material a su debido tiempo haría falta al menos una docena de personas capaces y bien dispuestas.

La perspectiva de tener que posponerlo todo para el año sucesivo provocaría el descontento de muchos. Además, se corría el riesgo de que, pasado un año, el banco que apoyaba financieramente el premio cambiara de parecer acerca de proporcionar una suma tan considerable, y pudiera reducirla a la mitad o eliminarla de sus presupuestos.

El burgomaestre convocó una reunión extraordinaria en la sala del consejo del ayuntamiento, en la que, como es natural, participó también el señor Fuchs. La conclusión fue que el premio no podía postergarse de ninguna manera, puesto que la noticia ya había sido facilitada a la prensa, al igual que las bases del concurso, que se hallaban a la vista en el tablón de anuncios de todos los municipios del cantón. No fue una reunión tranquila;

cada uno propuso su propia solución que chocaba inevitablemente con la de los demás. Hubo quien propuso leer tan sólo aquellas obras que hubieran sido enviadas las primeras, pues los timbres de recepción atestiguaban la fecha. Otros sugirieron elegir sólo las obras más cortas, excluyendo los memoriales, o bien tomar en consideración únicamente las colecciones de poesía.

En último lugar, la palabra correspondía al diablo.

—En mi larga experiencia como editor —dijo, con su habitual prosopopeya—, han pasado por mi escritorio miles de manuscritos. Goethe solía decir que para juzgar la bondad de un libro ni siquiera le hacía falta abrirlo: le bastaba con olerlo. Yo no he llegado a tanto, pero puedo asegurarles que me basta con leer una veintena de páginas, y a veces incluso menos, para comprender de qué pasta está hecho. Por eso sugiero a nuestro vicario y a sus colaboradores que adopten esta técnica. Además, para echarle una mano a él, y a todos los que quieran sumarse a esta tarea, haré venir a una persona experta en este campo, de modo que pueda coordinar el trabajo.

Al final de la sesión se llegó a un compromiso: se examinarían sólo las obras bien legibles, preferiblemente escritas a máquina, por más que con esto se privilegiara a la clase más acomodada. Además, se descartarían todas aquellas que, desde las primeras páginas, revelaran un dominio deficiente del idioma o presentaran errores sintácticos y ortográficos. Esa misma tarde se formó un comité de lectura al que, además del burgomaestre y el concejal cantonal Linz, se sumaron también el archivista y la secretaria, ambos excluidos del concurso. Acordamos que todos los manuscritos rechazados serían devueltos, con una carta de acompañamiento, que en todo caso debía ser amable y alentadora.

Una vez disuelta la sesión extraordinaria, nos dirigimos todos al café Oetker, como teníamos por costumbre, para concluir dignamente la velada con una jarra de cerveza. Al colocarnos alrededor de la mesa, el demonio y yo acabamos el uno frente al otro. No lo veía tan de cerca desde nuestro primer encuentro en el despacho del párroco. Me pareció que había engordado de forma notable, su chaleco de raso estaba a punto de estallar. Sin que cupiera duda de que se apacentaba de almas, era innegable que también era un gran comilón. Lo veía incómodo, no sé si por mi persona o por el crucifijo que llevaba colgando del pecho. El caso es que me pareció el momento para afrontarlo a cara descubierta.

—Señor Fuchs —dije con tono decidido—, ¿cuándo tendremos la oportunidad de ver al menos un ejemplar de su prestigiosa colección? Agradeceríamos conocer algún título por lo menos, o en todo caso sería suficiente con que usted nos proporcionara el nombre de la susodicha editorial de Lucerna.

Por toda respuesta, exhibió su dentadura, que recordaba el almenaje de una torre:

—Todo a su tiempo, mi buen padre Cornelius —dijo con voz aflautada—, no es el momento, aquí y ahora, de aburrirlos con complicadas cuestiones administrativas y financieras.

Con esa frase supuso haberme acallado, pero cuando menos me lo esperaba fue el propio burgomaestre quien vino en mi ayuda.

—Sería estupendo —intervino tímidamente— tener una idea por lo menos del aspecto que tendrán los libros que usted publicará.

Y además, desde el otro lado, el concejal cantonal Linz, que era el director de la Caja Rural, también optó por apremiarlo.

—En lo que respecta a la suma de diez mil francos, tal vez fuera oportuno depositarla en una cuenta abierta a nombre del Premio Goethe, ¿no le parece?

Ante estas palabras, el señor Fuchs se removió en su silla, haciendo crujir la estructura. ¿Era una impresión mía, o realmente en esos escasos instantes le había crecido una protuberancia en la nariz?

—La editorial que represento ha publicado a todos los clásicos alemanes, incluido Goethe, por supuesto. Pero sólo recientemente ha optado por dirigir su atención hacia la literatura contemporánea. Nuestros diseñadores aún están elaborando una portada llamativa de estilo moderno, y tan pronto como esté lista, serán ustedes los primeros en verla. En cuanto a la contribución económica, por el momento tendremos que contentarnos con una promesa, que me fue hecha, con todo, por una persona digna de crédito. En cuanto reciba el cheque, descuide usted que me preocuparé por ingresarlo de inmediato en su banco.

Al oírlo hablar de promesas, se me escapó una risita manifiesta, que obtuvo un efecto totalmente inesperado. Tal vez en ese momento el diablo quiso fingir que ni siquiera la había oído y, para ostentar desenvoltura, se recostó con todo su volumen sobre el respaldo, inclinando su silla hacia atrás. Pese a que era robusta, no resistió y se partió de repente bajo su peso. Su

cuerpo se arqueó como el de un cetáceo arponeado y, en el vano intento de salvarse, el diablo se aferró al mantel, arrastrando consigo toda una batería de ollas, platos y vasos.

Nada como una desastrosa caída tiene el poder de incitar a la risa a quienes asisten al incidente: por más que el desventurado pueda haber sufrido daños, incluso graves, la risa es irreprimible y contagiosa. Algunos de los presentes se apresuraron a acudir en su ayuda, así como el camarero y el dueño del local, que hicieron un gran esfuerzo para volver a ponerlo en pie, no antes de haberlo liberado de la presa de los reposabrazos que se habían aferrado a sus posaderas como las pinzas de un cangrejo. No tenía nada roto, una patilla de las gafas se había doblado, la chaqueta presentaba un descosido vertical en la parte posterior, pero por lo demás todo parecía estar en su sitio. En cuanto a los daños materiales, no había necesidad de preocuparse; así se lo aseguró al titular que lo acompañaba a la salida, mientras el camarero, con un cepillo sacado de quién sabe dónde, no dejaba de acariciarle la espalda cual mozo de barbero.

Una vez que se cerró la puerta a sus espaldas, todo el local parecía flotar en un silencio irreal. Sólo se oía nítidamente el tintineo de cascajos y fragmentos de vidrio que una ayudante de cocina estaba recogiendo del suelo. Tampoco en nuestra mesa nadie se atrevía a hablar. Hasta que el concejal cantonal Linz tomó la palabra.

—Esperemos que este incidente no tenga ninguna repercusión en el premio.

En el fondo, al concejal cantonal no le faltaba razón. El diablo no puede soportar que se rían de él, ése es su punto débil. No cabía duda de que intentaría vengarse. Ya esa misma noche, mientras volvía a casa, tuve la sensación de que alguien me estaba siguiendo. No presté mayor atención, pero cuando llegué a las cercanías de la rectoría, a la luz de un farol, vi claramente la silueta de un zorro que cruzaba la calle.

CAPÍTULO 11

Como ya se nos había anunciado, para complicar aún más una situación ya de por sí bastante enredada, unos días más tarde llegó directamente desde Lucerna la persona destinada a echarnos una mano en la elección de las obras participantes en el concurso. Nos la trajo el habitual automóvil negro, conducido por un chófer al que nadie había visto todavía la cara.

Nos quedamos bastante perplejos al ver bajar del vehículo a una engreída mujer de unos cincuenta años, con nariz de pico de lechuza. Entre todas las tonalidades disponibles del rojo, la naturaleza parecía haber elegido para su pelo el peor óxido que podía uno imaginarse; y lo mismo ocurría con la piel de la cara, que, carente de toda transparencia, se mostraba blanquecina y opaca, salpicada de cerdas negruzcas como un trozo de pellejo hervido. El señor Fuchs nos la presentó como una de sus más estrechas colaboradoras: una mujer *editor*, la que estaba en condiciones de decretar la vida y la muerte de una novela inédita. De inmediato, entre nosotros dos nació una cordial antipatía. Lo primero que hizo ella fue criticar mi trabajo, acusándome de haber emitido un juicio demasiado superficial y apresurado sobre algunas obras que, en su opinión, eran dignas de ser tomadas en consideración. Así, la mayoría de los manuscritos que había descartado con la inscripción «negativo», «desdeñable», «ni mediocre siquiera», volvieron a mi escritorio para que reconsiderara mi juicio; lo que me negué a hacer, enviándoselos de vuelta con la inscripción: «Confirmo, confirmo, confirmo». Fueron dos semanas infernales. No pasó un solo día en el que no nacieran furiosas discusiones entre los dos. No sé la de veces que la vi irrumpir en mi despacho agitando un manuscrito, insultándome por no haber captado en ese texto las potencialidades ocultas (¡oh, realmente ocultas!) de algún autor joven y prometedor. Al final, ni siquiera me dirigía la palabra, limitándose a arrojar

un manuscrito sobre la mesa para girar luego sobre sus talones y salir sin mediar palabra. Me preguntaba a qué humeante cervecería alemana habría ido el diablo a reclutarla: con esas robustas pantorrillas velludas, y los térreos calcañares que sobresalían de las sandalias con la cuña de corcho, me la imaginaba capaz de sostener una docena o más de jarras de cerveza de un litro, pero esencialmente incapaz de conmoverse ante la belleza de un verso.

Tampoco a los demás les fueron mejor las cosas: el burgomaestre no conseguía serenarse después de ser tratado con tanta villanía, y al concejal Linz incluso le entró una crisis nerviosa. Por fortuna para nosotros, al cabo de dos semanas de hostigamiento, aquel ser repulsivo montó en la consabida berlina negra y emprendió camino hacia Lucerna, o tal vez hacia el infierno. De todos los cientos de manuscritos recibidos, la mayoría fueron apartados para ser devueltos a sus remitentes. A la empleada encargada de la restitución le llevó cierto tiempo meterlos en sobres, con su respectiva carta personalizada. Una buena papeleta para quien, encargado de devolver el manuscrito rechazado, tendría que someterse a las iras del autor. Y, en efecto, los primeros problemas dieron comienzo tan pronto como se dio vía libre a la devolución de las obras rechazadas por la comisión. Por mucho que un viejo adagio asegure la inmunidad del portador de una misiva, con independencia de su contenido, la categoría de mensajeros siempre ha sido mal vista. Y las cosas no cambiaron pese a que, para ahorrar gastos postales, la tarea de restituir los trabajos descartados por la comisión fuera confiada a un chico recién contratado, que a menudo se vio en serias dificultades: el protocolo preveía que el destinatario de cualquier documento estampara su firma para atestiguar la recepción. Tiempo más que suficiente para que el pobre e inocente emisario se viera asaltado por improperios de todo tipo.

Tan pronto como los primeros manuscritos emprendieron el camino de vuelta a casa, una locura silenciosa comenzó a difundirse por todo el pueblo. Y esa locura estaba contagiando a personas eminentes. En el café Oetker estallaban a menudo ardientes discusiones, cuando no auténticas peleas; hubo quienes no pudieron aceptar ser excluidos, mientras que otros, que aún no habían recibido ningún dictamen, exultaban con la esperanza de resistir hasta el final, y aunque no ganaran el primer premio, tal vez merecieran al menos una mención. Muy pronto, todo el pueblo quedó dividido en dos bandos: los rechazados y los elegidos, o, mejor dicho, los decepcionados y los

esperanzados. Las relaciones entre personas que hasta entonces nunca habían tenido motivos de discrepancia comenzaron a resquebrajarse, y ello ocurrió sobre todo entre los próceres del pueblo. Parece ser que el primero de estos furiosos altercados se desencadenó entre el doctor Meyer, un médico, y el maestro de primaria Webern. Los dos eran amigos desde la infancia, se trataban asiduamente con sus esposas, y desde hacía años solían desafiarse al ajedrez todos los sábados por la tarde en el café Oetker. Y cuando faltaron por primera vez a su acostumbrada cita del sábado, sus amigos se mostraron preocupados, pero ninguno de los dos quiso dar explicaciones. Al parecer, ambos habían discutido violentamente. Un testigo que había presenciado la escena afirmaba que el maestro Webern le había quitado de un manotazo el sombrero al doctor Meyer, y también lo había atacado verbalmente con un meridiano «Embadurnapapeles», ante lo que el doctor Meyer había replicado con un «Meatinta». Otro caso parecido se verificó entre el concejal municipal Müller y el archivista Schwartz. Pero lo que se había mantenido en los límites de un acalorado altercado entre los dos tuvo una secuela en sus respectivas esposas, que, al encontrarse en el mercado, se agarraron de los pelos de manera salvaje, hasta caer rodando bajo el tenderete de frutas. Episodios de este tipo se multiplicaban día a día. La animadversión de los excluidos se intensificaba, y si al principio eran todos contra todos, ahora los bandos se habían convertido en dos y bien diferenciados, y como en un reloj de arena, mientras uno de los receptáculos se llenaba, el otro iba vaciándose.

CAPÍTULO 12

El señor Fuchs realizó algunas visitas nocturnas más al párroco. No tardaría en descubrir qué negocios se traían entre manos, entonces sólo podía sospecharlo, pero no cabía duda de que el diablo cada vez apretaba más la malla de su red en torno a aquel desgraciado. Era indudable que continuaba alimentando en ese pobre viejo la ilusión de que podría llegar a publicar sus memorias, para obtener a cambio —como descubriría a no mucho tardar— el usufructo legal de la casa que había ocupado. Llegaba tarde por la noche. Podía escucharlo subir pesadamente las escaleras que conducían al primer piso y bajar luego unas horas después. Desde mi ventana podía ver su figura encaminarse hacia la berlina negra que lo esperaba al otro lado de la carretera. La última vez se marchó más tarde de lo habitual. La luz en el estudio del párroco permaneció largo rato encendida: desde mi cama podía verla reflejada en el codo del canalón de estaño. Alrededor de las dos de la madrugada me adormecí, pero me despertó de inmediato el frenético sonido de la campana que servía para avisar al ama de llaves. Y fue precisamente ella quien llamó unos minutos después a mi puerta. Desaliñada, con un abrigo echado sobre los hombros encima del camión, parecía fuera de sí. «El párroco se está muriendo», no dejaba de gritar. Subí las escaleras a la carrera, pero para cuando llegué a su estudio, el párroco ya había expirado. Derregado contra el respaldo de su sillón favorito, en el que había pasado miles de horas escribiendo sus memorias, el padre Cristoforo, con las manos aferradas en los apoyabrazos, exhibía una mueca horrible. Sus ojos estaban desencajados, al igual que la boca desprovista de su dentadura, que en la violenta agitación de la muerte había salido disparada más allá del escritorio, rodando sobre la alfombra. De sus papeles no quedaba ni rastro; encima del escritorio había una única hoja blanca que denotaba la intención de escribir

una carta a un destinatario desconocido.

El pueblo entero tomó parte en el funeral. Oficié las exequias en calidad de párroco titular, pero si por un lado hacía votos por serlo sólo *ad interim* durante el tiempo necesario para ser transferido a algún otro sitio, por otro me sentía incapaz de dejar a mi grey a merced de ese demonio. A la ceremonia también asistió éste, el diablo, pero se mantuvo al margen mientras duraron los oficios. Sólo al final, cuando los presentes desfilaron frente a la fosa abierta para lanzar un puñado de tierra, el diablo se puso en fila y, cuando llegó su turno, dejó caer sobre el ataúd un grueso envoltorio de papel de gomas elásticas. Quizá el significado de ese gesto pasara desapercibido para los asistentes; probablemente alguien haya pensado que obedecía al deseo de cumplir de alguna manera con las últimas voluntades del difunto, pero para mí quedaba claro que aquel grueso legajo era el trabajo al que el padre Cristoforo se había dedicado durante toda su vida, y que nunca hubiera querido ver enterrado con él. Un inesperado golpe de suerte para el señor Fuchs, quien no tuvo que pagar nada a cambio de lo que había obtenido.

Unos días después, en efecto, vino a verme un notario. Como había previsto, los documentos que obraban en su poder hablaban claro: el diablo había obtenido el usufructo, por un tiempo indeterminado, de la casa del difunto. Y sólo un pariente cercano —cuya existencia no constaba— hubiera podido impugnar ese legado apelando a que el viejo párroco no estaba presuntamente en plenas facultades mentales, no sin enredarse en todo caso en procesos judiciales costosos e interminables.

A estas alturas, su estrategia resultaba cada vez más palmaria: tal como había hecho con el párroco, actuaría también con los demás. Planteando el espejismo del éxito, tomaría como blanco en cada ocasión a las personas más ambiciosas y acomodadas, obteniendo sus favores. Y no dudaría en invalidar una obra de valor y en sumir a su autor en el más negro desánimo cuando no vislumbrara un beneficio inmediato. Corrompería de tal manera el alma de cada uno, elevando a los altares a los mediocres y excavando pozos para los dignos de mérito; arrastraría así a todos en un torbellino de odio, de orgullo, de exaltación y de dolor. Lo que más le importaba era condenar tantas almas como fuera posible. Y en su ayuda acudían en tropel otras hordas de demonios que hasta ahora habían permanecido encerrados en el cajón.

La muerte del padre Cristoforo logró apaciguar temporalmente la animadversión general, pero ese estado de tregua no duró mucho: volvió a acrecentarse por parte de los que habían quedado excluidos la ojeriza hacia quienes habían superado el primer examen. Los hijos de los excluidos, que eran mayoría, formaron auténticas bandas punitivas contra los desafortunados hijos de los elegidos, esperándolos en la calle para apedrearlos. Y el nuevo legado municipal, a quien le correspondía la tarea de devolver los trabajos rechazados, arriesgó incluso su vida cuando, transitando en bicicleta con un portaequipaje sobrecargado de manuscritos, fue atropellado por un automóvil que continuó su camino sin detenerse a socorrerlo. Quedó claro así que se trataba de un acto premeditado. El hecho atrajo la atención de la gendarmería cantonal, que se encontró frente al consabido muro compacto de silencio. En cualquier caso, la intervención de las autoridades contribuyó, si no a aplacar los ánimos más acalorados, al menos a restablecer un orden aparente. Pero, por debajo, los excluidos formaban un equipo cohesionado que cada vez se agrandaba más, y propagaba en pleno fermento la calumnia. En mi calidad de párroco, supuse hallarme en la condición de *super partes*, pero me equivocaba. Yo también, junto al burgomaestre y al concejal Linz, fui tachado de favoritismo y acusado incluso de haber privilegiado a algunos a cambio de dinero.

CAPÍTULO 13

Mientras tanto, el turismo languidecía. Si en junio aún se veía por ahí a algún forastero, en julio y agosto no quedaba ya ni uno. Efectivamente, a nadie le apetece pasar sus vacaciones en un lugar donde los cierres metálicos están echados a medias y los productos cuestan como en

el mercado negro, donde en los raros locales aún abiertos el servicio es pésimo, la comida mala y el personal grosero.

Los comerciantes y artesanos habían perdido completamente los deseos de ganarse honradamente la vida, como lo habían hecho hasta entonces. Los mercadillos con productos artesanales y especialidades gastronómicas habían desaparecido del todo, y las tres renombradas posadas exhibían ostentosos carteles con desalentadores letreros, como «Cerrado por obras», «Reabre en octubre», «Cerrado por cambio de gestión», e incluso las pensiones familiares declaraban estar «Al completo» cuando en realidad se hallaban absolutamente vacías. Como si no bastara, en la entrada de los distintos senderos panorámicos se colocaron grandes señales de advertencia a los excursionistas sobre los peligros a los que se exponían al entrar en el bosque, debido a los zorros y a la epidemia creciente de la rabia selvática. La gente permanecía encerrada en casa, el pueblo parecía devastado por la peste, y sólo el legado municipal deambulaba por las calles, como un ángel de la muerte a lomos de una bicicleta, designando en cada ocasión al moribundo, es decir, al enésimo excluido. Y no había manera de conjurar la sentencia: ni siquiera encerrándose en casa y fingiendo no estar allí, el mensajero no tardaría en volver a presentarse con implacable regularidad. Es cierto que el sobre incluía también una carta consolatoria y alentadora, que debería haber proporcionado ánimos, pero para algunos la afrenta de haber sido eliminados antes que otros era un ultraje que había que lavar con sangre. Y en la mayoría

de los casos, la sangre era la de los familiares. Se produjeron, en efecto, varios casos de violencia, algunos graves: una mujer, arrojada por su esposo escaleras abajo, estuvo a punto de morir, y hubo nada menos que dos casos de suicidio. A los demás, a todos aquellos que habían logrado soportar la infamia, les aguardaba el reproche que se manifestaba puntualmente en el momento en que el novelista fracasado, o el poeta incomprendido, se reunía en la mesa con su familia, cuando el persistente mutismo de los allegados se volvía incluso demasiado elocuente, cuando la luz de toda esperanza parecía desvanecerse como la llama azulada de una vela a punto de apagarse.

Estos dramas familiares los descubría detrás de la rejilla del confesionario. Se acercaban a mí para que yo pudiera liberarlos de la obsesión que se había apoderado de ellos. La literatura era obra del diablo, o, más bien, era su arma favorita, eso me decían. Y bien lo sabía yo.

Por mi parte, sentía aumentar cada vez más la carga de responsabilidad ante todo lo que estaba sucediendo. Sea como fuere, era necesario completar el trabajo de criba: ya estábamos a finales de agosto y sólo faltaba un mes para la adjudicación del premio. «El arte es largo, el tiempo es breve y el juicio difícil», dicho sea por mencionar al Poeta. Cada vez que terminaba de leer un manuscrito, me preguntaba qué consecuencias acarrearía mi decisión; por ello, antes de expresar mi opinión, lo consultaba con el burgomaestre y con el concejal Linz, que no nadaban en aguas mejores que las mías. El problema era que de toda aquella morralla no había surgido nada que pudiera señalarse. Nos pasábamos los últimos manuscritos con la esperanza de que uno de nosotros supiera encontrar algo bueno que se nos hubiese escapado a los demás, pero lamentablemente nuestros juicios coincidían: la aguja de la balanza seguía fija en el cero. Sólo quedaba una única candidata, si bien inadmisibile: Marta Bauer, que concurría con un libro de triviales cantilenas infantiles ilustradas con espléndidos dibujos. Pero al otorgar un premio dedicado a Goethe a un librito de cantilenas infantiles nos arriesgábamos a provocar una insurrección popular. Nos reunimos con el resto de la comisión y llegamos a la conclusión de que, incluso en contra de la voluntad del editor, lo mejor para todos era posponer el premio para el próximo año, con la esperanza de que, entre tanto, se revelara algún talento de verdad. Para algunos miembros del comité de lectura, una decisión como ésa, tomada a

espaldas del editor, tenía visos de amotinamiento, pero fue fácil convencerlos de que la idea del premio (por desgracia) había sido mía, y de que los diez mil francos garantizados por el banco fantasmal —de los cuales sólo el editor conocía la existencia— no eran por el momento más que una vaga promesa. Además, a nadie le hacía gracia la idea de que un premio tan importante fuera a parar a una retrasada mental, por mucho talento que tuviera. Al final, por lo tanto, tomamos nuestra decisión, y peor para el diablo. Que no reaccionó muy bien: al cabo de unos días, el burgomaestre fue víctima de una neumonía que por poco lo manda al otro mundo, y una semana después, el concejal Linz sufrió un accidente de carretera, del cual salió con ambas piernas y la pelvis fracturadas. ¿La causa del accidente? Un zorro que se le había cruzado en la calzada.

Yo me había salvado por el momento. Pero ¿por cuánto tiempo aún?

Durante aquellas largas horas dedicadas al exhaustivo examen de los manuscritos, no era raro que perdiera a veces la concentración: mientras las palabras seguían discurriendo por delante de mis ojos, carentes de sentido, mi mente vagaba por otro lado, en un sendero paralelo, donde se iluminaban imágenes inconfesables. Eran pensamientos que me había esforzado de todas las maneras por devolver a los abismos, pensamientos que nunca deberían rozar la mente de un hombre temeroso de Dios, y mucho menos de un sacerdote. Y sin embargo, siempre estaban presentes y no me abandonaban. Eran destellos de odio puro. La influencia nefasta del diablo continuaba dejándose sentir incluso desde la distancia. Y yo tenía que poner fin a todo eso. Pero ¿con qué armas afrontarlo? Rociarlo con agua bendita surtiría menos efecto que una gota de saliva en el ojo; desde luego no lo incineraría. No era un espíritu que podía ser eliminado con las plegarias o el exorcismo; era una persona física, jurídica y como tal debía ser tratada.

CAPÍTULO 14

Cuando se quieren evitar imágenes truculentas, se recurre al eufemismo. Decir que el ejército ha sufrido grandes pérdidas resulta más aceptable que verse frente a la horrenda perspectiva de una desmesurada masacre. Librarse de la presencia de alguien significa por lo general ponerle de patitas en la calle, o evitar su trato, pero en su sentido más profundo puede significar borrarlo para siempre de la faz de la tierra. De modo que, cuando digo que la idea de librarme de él se volvía cada vez más obsesiva, quiero decir que cada vez era más intenso en mí el deseo de «acabar con él», literalmente, de la manera más cruenta posible. Y ya tenía localizada un arma adecuada en el paragüero de la rectoría, donde había un bonito conjunto de bastones que el párroco usaba para sus esporádicos paseos. Y yo ya había elegido uno de los más robustos, un Alpenstock con una maciza empuñadura reforzada en latón. Al fin y al cabo, era un ser mortal, y por mucho que gozara de la diabólica habilidad de leer en las conciencias ajenas, era por lo demás tan vulnerable como todos nosotros. Además, la situación estaba cambiando. Ahora también podía confiar en una parte de los habitantes de Dichtersruhe, que incubaban en silencio su propio rencor contra ese extraño que se había introducido proditoriamente entre ellos. En mis ensoñaciones más aventuradas me veía entrar en el café Oetker empuñando mi bastón y dirigirme directamente a su mesa para golpearlo en la frente con todo el peso de la empuñadura; oía incluso el ruido de los huesos del cráneo que se fracturaban bajo mis golpes. Pero ¿me atrevería a llegar tan lejos en la realidad? ¿Sería capaz de afrontar todas las consecuencias de un asesinato? ¿Cómo reaccionarían mis feligreses? ¿Se pondrían de mi lado? ¿Los liberaría por fin del hechizo? Todos estos interrogantes no me daban tregua. Sin embargo, no veía otra salida. Si lo dejaba con vida, no tardaría en recuperar el dominio de las almas

de Dichtersruhe.

Mientras tanto, continuaba acusándolo desde el púlpito de ser un impostor cuya única intención era sacarles los cuartos a los aldeanos, tomándoles el pelo con la promesa de un premio que nunca se otorgaría. Llegué incluso a declarar con convicción que aquel hombre era el mismo diablo. Y si en otros momentos tal afirmación habría sido acogida con una sonrisa de lástima, ahora veía abrirse sus ojos a la realidad. Muchos empezaron a dar crédito a mis declaraciones. Debía de ser verdad lo que estaba diciendo, porque nunca antes en el pasado Dichtersruhe se había visto desgarrado por un odio tan profundo.

Mientras tanto, el diablo hacía como si nada y seguía con su vida de todos los días. Llegaba al café Oetker alrededor de las diez de la mañana para leer los periódicos aún frescos de la imprenta, y luego, alrededor del mediodía, se preparaba para obsequiarse con un buen almuerzo a costa de alguien. Pero las cosas estaban cambiando. A la pensión Müller ya no iba, desde que el dueño le había presentado la factura, con todos los atrasos. Con el paso del tiempo, las reservas de Maria Mancini se habían agotado, y el hábito de llevar siempre un manuscrito en el bolsillo que, al sentarse a la mesa, dejaba a su lado para poder leer entre un bocado y otro —lo que lo caracterizaba como un hombre totalmente entregado a su trabajo— ya no obnubilaba a nadie. A su alrededor empezaba a hacerse el vacío y no había quien se prestara ya a pagarle las consumiciones en el bar. Mis sermones dominicales empezaban a dar sus frutos. A esas alturas, eran pocos los que creían en la figura del legendario editor de Lucerna.

Entonces sucedió algo que interpreté como una intervención de la Providencia. Quien le dio el tiro de gracia fue nada menos que Marta Bauer, la inconsciente ganadora moral del Premio Goethe, que nada sabía de él ni de sus tejemanejes editoriales.

Durante uno de sus raros paseos con su madre, la muchacha se topó con el editor mientras éste salía del café Oetker. Por lo general, ella caminaba con la cabeza gacha para evitar cualquier contacto con extraños. Pero esta vez, tan pronto como la joven Marta lo vio, se soltó de un tirón de la mano de su madre y corrió hacia él, bloqueándole el paso.

—Tú eres el diablo, tú eres el diablo... —comenzó a canturrear la

muchacha impidiéndole continuar su camino.

A la escena asistieron bastantes clientes que en ese momento estaban sentados al aire libre. En un primer momento, el señor Fuchs parecía querer seguirle la corriente, intentando regatear torpemente con algunos quiebros a la joven Marta, la cual, sin embargo, no cejaba y seguía parada delante de él con los brazos extendidos, reteniéndolo donde se hallaba. La escena empezó a suscitar la hilaridad de los presentes. Pero el jueguito estaba durando demasiado y el señor Fuchs perdió la paciencia.

—¡Quítame de delante a este estúpido macaco! —gritó dirigiéndose a la madre, que en vano trató de llamar a su hija—. Esto es una grosería —exclamó en voz alta, para que todos pudieran oírlo, e inmediatamente después no tuvo ningún escrúpulo en apartar de un manotazo a la pobre joven, que perdiendo el equilibrio cayó al suelo, dándose un golpe en la cabeza. Sin hacer el mínimo ademán por ayudarla, el elefante pasó por encima del macaco y se alejó como si nada se interpusiera en su camino.

Pero las consecuencias no se hicieron esperar. Si bien la muchacha, aparte de un chichón en la frente, no se había hecho nada grave, con ese gesto de rabia se ganó el diablo la enemistad de medio pueblo. Hasta entonces había vivido de gorra, pero después del episodio los acreedores empezaron a llamar a su puerta, y la fila que formaban cada vez se agrandaba más: no sólo tenderos y taberneros, sino también pequeños artesanos, pintores, albañiles, carpinteros a los que había encargado bastantes trabajitos que hacer en su casa. Siempre había alguien esperándolo a la puerta. Y de vez en cuando una turba de pillastres se desplegaba bajo sus ventanas entonando cancioncillas en honor de Belcebú. El señor Fuchs quedó, por así decirlo, prisionero en sus aposentos. Sólo podía salir por la noche, porque durante el día siempre se apostaba vigilante ante su puerta una ronda de irreductibles acreedores. No tardó el pequeño banco local en negarle el crédito y exigirle la inmediata devolución de lo adelantado, y el club Lions le dio con la puerta en las narices. A pesar de estar ahora contra las cuerdas, el diablo no quiso ahorrarme la última señal amenazadora de su poder: durante mi sermón dominical, en el que una vez más lo desacreditaba, un zorro rábico entró en la iglesia desencadenando el pánico entre los fieles. Recorrió la nave central y desapareció bajo el altar, pero incluso después de que los fieles abandonaran la iglesia, toda búsqueda resultó en vano. Nadie conseguía explicarse de qué

manera había entrado y por dónde había salido aquel animal. No cabía duda de que se trataba de un maleficio obra del diablo. Pero eso determinó su final. La gente veía en mí a una especie de justiciero, el único que podría liberarlos. «Padre Cornelius, líbrenos del mal», me decían cuando se encontraban conmigo por las calles. «Padre, expulse al diablo de nuestro pueblo. Haga que todo vuelva a estar como antaño.»

Fue la gente del lugar la que me pidió que lo hiciera. Así se lo diría al juez en mi defensa. Añadiría que era digno de recibir un encomio, y no una condena, por haber eliminado de la faz de la tierra al diablo en persona. A esas alturas, las peticiones por parte de mis parroquianos eran cada vez más apremiantes, hasta que un día, mientras cruzaba la plaza, un niño me entregó, envuelto en un hule, el arma que serviría para tal propósito. Tan repentina fue la entrega de aquel macabro obsequio, que no tuve tiempo para averiguar quién me lo había enviado. No deshice el envoltorio hasta más tarde, ya en la rectoría: se trataba de un revólver de ordenanza del ejército suizo. A mí, que no había tocado un arma de fuego en mi vida, aquel objeto me llenó de fascinación. Me pasé horas observando el arma, tocándola con extrema precaución, siempre con el temor de que pudiera explotar en mi mano. Sólo después de haberla estudiado a fondo me atreví a abrirla. Saqué todas las balas del tambor e intenté apretar el gatillo. Incluso descargada, aquella arma me infundía un temor irrefrenable; con cada descarga del martillo en el percutor sentía que se me paraba el corazón. Se me dibujaba una sonrisa ante la idea de haber sido designado yo precisamente para el papel de justiciero.

Transcurrieron algunos días de incertidumbre. Al final tomé mi decisión. Es difícil decir por qué elegí hacerlo justo ese domingo, justo a esa hora del crepúsculo, justo cuando la sombra de la montaña ya estaba envolviendo la plaza.

CAPÍTULO 15

Por mucho que todo en la memoria adquiriera perfiles fluctuantes e inestables, me veo recorriendo la distancia que separa la rectoría de la casa del diablo con inusual seguridad, con la pistola cargada en el bolsillo y decidido a acabar con él de una vez por todas. Puedo medir cada paso, cada pensamiento, cada pulsación. Las luces de su casa están encendidas en el primer piso. Sé que se me espera. Y, en efecto, la puerta de la planta baja se abre dócilmente ante mi empuje. Tengo los nervios tan tensos como cuerdas de violín, los sentidos centuplicados. En las habitaciones flota un rastro de absentia, de plantas marchitas, de manzanas podridas, de cera quemada, de humo rancio. Puedo distinguir cada desplazamiento de aire —desde la puerta que se abre hasta la página del libro que se hojea—, percibir toda variación de temperatura, cada latido del corazón, cada distonía, captar incluso el olor fénico provocado por el miedo.

De todas las habitaciones, sólo una está iluminada por docenas de velas encendidas. Subo las escaleras, me asomo por la puerta y vislumbro su figura, de pie, en mangas de camisa, con los tirantes desabrochados colgando en los costados como las asas de un extravagante aparato deportivo. Si no fuera por la desmesurada masa de su cuerpo, sin la peluca negra me costaría reconocerlo. Pero su voz es inconfundible.

—Qué sorpresa, reverendo —exclama, llevándose con gesto femíneo la mano al pecho, en una réplica grotesca de una diva sorprendida en *déshabillé* en su camerino teatral—, lo último que me esperaba era una visita por su parte.

Se pone a toda prisa una amplia bata de seda de Damasco, y para ostentar desenvoltura se enciende uno de sus cigarros. Luego, siguiendo la dirección de mi mirada, se percata de que tiene el cráneo desguarnecido. Se pasa los

dedos por el cuero cabelludo exhibiendo una sonrisa idiota.

—¿La peluca? Exigencias de la representación... Ahora ya no son necesarias. El momento de las mascaradas ya ha pasado, ¿no es verdad, mi buen Cornelius? La representación está a punto de terminar. ¿A qué debo su visita?

—He venido a despedirle —le dije—. A decir verdad, le traigo saludos de todo el pueblo. —El tono de mi voz era inflexible y solemne. Sentía que me había sido conferida una misión ultraterrena.

Por toda respuesta, el diablo vertió vino en un vaso.

—Bebe, Cornelius, brindemos entonces por nuestra definitiva despedida.

Como es natural, me guardé mucho de hacerlo y, después de rebuscar el revólver en el fondo del bolsillo de la sotana, lo agité ante sus propias narices. Era evidente que mi gesto no tenía nada de amenazador, creo que incluso para los ojos de un niño hubiera quedado claro que yo no tenía ninguna familiaridad con las armas: sostenía el revólver como si fuera un pescado hervido; poco faltó para que lo sujetara por el cañón. Y tal vez fue la insuficiencia de mi gesto lo que lo tranquilizó, hasta el punto de que se dejó caer en la butaca, saboreando a pleno pulmón el humo de uno de sus últimos Maria Mancini.

—¿Has quitado el seguro por lo menos?

Hasta hacía un momento estaba convencido de que el revólver que empuñaba no tenía ningún dispositivo de esa clase... Pero ahora me empezaba a surgir la duda. ¿Se me habría escapado la existencia de algún mecanismo oculto? Mi expresión de incertidumbre no pasó desapercibida. ¿Era tan evidente, pues, que no sabía manejar un arma de fuego? Él echó más leña al fuego:

—¿Has aceitado bien el cañón? Ya sabes que basta con el menor cuerpo extraño para que te explote en la mano. Conozco estos artilugios y puedo asegurarte que son extremadamente peligrosos. Es un arma que se ha cobrado más víctimas entre quienes la empuñaban que entre quienes le servían de blanco.

Me vino a la cabeza que en el paquete que me habían entregado había también un estuche de madera que contenía escobillas y cepillitos cilíndricos, que ni siquiera se me había ocurrido ni remotamente utilizar, confiando en que la intención de quien me lo había entregado era la de proporcionarme una

herramienta lista para su uso a todos los efectos, y no una reliquia oxidada que había que limpiar.

—Lo descubriremos en el momento oportuno —le dije, sin el menor temblor en la voz, y al mismo tiempo levanté el percutor.

Lo hice con determinación. El propio hecho de que hubiera bastantes posibilidades de que él saliera bien librado me reconfortaba en cierto sentido, porque desviaba en parte mi responsabilidad hacia el destino o la voluntad divina. Por más que estuviera dictada por una suerte de fatalismo, mi seguridad pareció desconcertarlo.

Se oían voces fuera, la gente ya se estaba reuniendo en la plaza.

—¿Los estás oyendo? —dijo—. ¿Qué culpa tengo yo, aparte de la de haberles seguido el juego? Al fin y al cabo —continuó el diablo—, el mío no es más que una sapiente tarea de mayéutica: trato de sacar de cada uno todo lo peor que se oculta en su alma. No siempre es tarea fácil despertar ciertos recuerdos adormecidos sepultados en el inconsciente. E incluso tú, mi buen Cornelius, tienes la memoria flaca, al parecer. ¿Te has preguntado alguna vez por qué tus padres quisieron que te hicieras sacerdote? Ya en tus primeros años de vida habían descubierto tu verdadera naturaleza, y estaban convencidos de que el hábito talar te protegería, pero el mal, en cambio, te venía de dentro, era como una avispa furiosa que había penetrado desde hacía tiempo en tu coselete. El mal estaba en tu naturaleza, el mal lo llevabas en tu interior desde que naciste y comenzó a manifestarse ya en tu más temprana infancia. ¿Te acuerdas de cuando, en aquella excursión escolar, sentiste el irresistible impulso de empujar a tu compañero desde el balastro que estabais cruzando en fila india? Se había inclinado un poco para recoger una piedra, y no pudiste resistirte a propinarle un pequeño empujón, sin más, sólo para echar unas risas. Pero a nadie le hizo gracia tu broma porque tu compañero se hizo bastante daño. Y, desde luego, te acordarás de *Sammy*, tu perrito adorado, con quien te pasabas días enteros jugando. Hasta que te cansaste de él, y ya no soportabas que estuviera siempre en medio, así que no se te ocurrió nada mejor que llevártelo al bosque y atarlo a un árbol con una cuerdecita. Oh, claro, no recuerdas ese episodio, por usar una expresión muy de moda hoy, lo has reprimido. Pero *Sammy* se las apañó para soltarse, y regresó a casa. Pero ¿en qué estado? Y entonces recogiste del suelo esa enorme piedra. Lo que te costó levantarla hasta el pecho, ¿te acuerdas?

—Eso no es cierto —dije—, es mentira de cabo a rabo.

Pero el diablo continuó sin inmutarse.

—Luego pasaste algunos años encerrado entre las paredes del seminario, donde dabas clase de Filosofía. Hasta que conociste a Stefan, ese joven pálido y ascético. ¿Cómo lo definiste? Un joven que resumía en sí mismo todas las características de aquellos que están llamados a la vida espiritual. En ti vio al maestro, al mentor, a aquel que lo guiaría en la vida y que disolvería sus dudas, liberándolo de todo temor. El padre espiritual, el padre a quien nunca había conocido. Él te amaba como un hijo, pero desde luego tú no le pagaste con el correspondiente amor paternal. Devorado por la pasión, que tú confundías con el amor, te sobrepasaste, y el pobre Stefan no pudo resistir a la decepción, a la repugnancia, y amenazó con quitarse la vida. Qué ocasión mejor que aquella excursión por las montañas para darle un pequeño empujoncito y ponerte a salvo de cualquier posible acusación. Pero no se te ocurrió que llevara un diario. Todo lo que le contaste a la policía es falso: Stefan no se perdió en la noche. Estaba junto a ti, caminando a tu lado, y cuando pasaste al borde de aquel barranco, te resultó fácil darle un empujón, tal como lo habías hecho muchos años atrás, con tu compañero de clase. Por supuesto, todo eso lo has reprimido en tu mente. ¿Cómo culparte? Saber que uno es un potencial asesino es una carga intolerable, pero aún peor es sospecharlo, mantener siempre la compuerta echada, para que la verdad no se desborde e inunde tu conciencia.

Intenté responder, pero en vano.

—Mírate, reverendo, el hecho mismo de que me estés apuntando con ese juguetito no hace más que confirmar mis teorías. Lo que no esperaba de ti es que te ensañaras también con el párroco. Cuando viste entre el correo que ibas a despachar esa carta suya dirigida al obispo no dudaste en abrirla para leer el contenido. Por supuesto, fui yo quien instiló en la mente del viejo la idea de que había que alejarte de aquí, someterte a las curas adecuadas, porque ya estabas manifestando los síntomas de la locura. Así me libraba de tu molesta presencia. Esa carta te puso hecho una furia, y exigiste al párroco las oportunas aclaraciones. Y esa misma noche, incapaz de conciliar el sueño, fuiste a llamar a su puerta: sabías que aún lo encontrarías despierto, trabajando, incansable, en sus «memorias de un párroco de campo», éste es el título que pretendía dar a sus sudados papeles. ¡Pobre viejo! Morir a un paso

de ver su sueño hecho realidad. Fue suficiente con agarrarlo por las solapas y sacudirlo como un trapo para que su corazón se rindiera a tal esfuerzo.

—¡Basta! —grité con todo el aliento que tenía en el cuerpo. Levanté el cañón de la pistola a la altura de su frente—. Una palabra más y aprieto el gatillo.

Pero él no perdió la compostura. Parecía divertirse ante la idea de haber descubierto el pozo en cuyo fondo se veían anudados los anillos de la serpiente adormecida.

En aquel momento, todas mis certezas comenzaron a flaquear. Incluso el arma que sujetaba en mis manos me pareció de repente del todo insuficiente para la desmesurada mole de mi oponente. Expresiones tales como «masa corporal», «resistencia al impacto», «fuerza de penetración» resonaban una y otra vez en mi mente, como al final de una agotadora clase de física. No dejaba de pensar en el grado de efectividad que podía tener esa pistolita frente a su paquidérmica mole. Suponiendo que el revólver no se atascara, podría fallar el blanco en el primer disparo, dándole la oportunidad de abalanzarse sobre mí. Aquella masa de adiposidad me pareció de repente una barrera impenetrable, capaz de bloquear cualquier proyectil. Era consciente, con todo, de que si no lo hacía en ese momento no lo haría nunca más. Si permitía que siguiera hablando, instilando en mi mente otras dudas atroces, terminaría volviendo el arma contra mí.

De ese modo, apunté alto, hacia la frente. Apuntar es fácil, es como señalar a alguien con un dedo acusador.

Parece imposible realizar un acto cualquiera y olvidarlo en el mismo momento en el que se realiza. Observar sólo sus efectos sin poder remontarse a sus causas, por muy próximas que estén. Fue lo que me ocurrió a mí. De no haber sido por el temblor parkinsoniano de mi mano derecha y por esa sordera acolchada en la que parecían flotar mis oídos a consecuencia de la explosión, habría dicho que no había ocurrido nada grave, que aquel hombre de cuerpo anómalo, recostado en el sillón con la cabeza reclinada hacia atrás, se había quedado simplemente dormido, y que para no despertarlo, lo mejor sería alejarse de puntillas. Y así salí de la habitación y bajé de nuevo las escaleras. Sólo cuando estaba a punto de salir, me di cuenta de que todavía llevaba el revólver en la mano. Mi primer impulso fue echar a correr para

lanzarlo al torrente, como si esconderlo fuera una regla imprescindible del juego, pero desde el momento en que tenía la firme intención de entregarme, parecía inútil incomodar a un ejército de voluntarios dispuestos a salir en busca del arma del crimen. Antes de marcharme, decidí dejarla bien a la vista sobre una cómoda que estaba en el vestíbulo.

Fuera, el pueblo parecía un enorme termitero enloquecido, la gente afluía de todas las calles para concentrarse en la principal y reunirse en medio de la plaza donde, cerca de la estatua de Goethe, se había levantado una horca, rodeada en la parte baja por una pirámide de fajinas secas. Y en lo alto del patíbulo estaba colgado un monigote con cabeza de cerdo. Alguien vertió una lata de gasolina sobre la madera y prendió el fuego. Las llamas se alzaron, altas, y también el monigote de tela, relleno de paja y papel, se abrasó de inmediato, con lo que sólo quedó colgada la cabeza de cerdo, que comenzó a chisporrotear. Mientras tanto, la gente se puso en fila y se detenía junto a la pira para alimentarla con cuanto llevaba en las manos: algunos arrojaban un manuscrito, otros dos o más, y en el acto de hacerlo, antes de proseguir dejando paso a otros que los seguían, veías cruzar una expresión de beatitud por sus rostros. Nada expresa los tormentos y misterios de la literatura como una página en llamas: el papel se ennegrece y las palabras se transparentan en un destello paroxístico antes de desaparecer en la oscuridad de la que nacieron. En presencia de ese auto de fe, la estatua de reluciente bronce de Goethe reflejaba las lenguas de fuego, y en los reflejos cambiantes de las llamas, el rostro inspirado del poeta parecía adoptar las más grotescas muecas de mofa, dirigidas a los literatos de Dichtersruhe.

El relato del padre Cornelius se interrumpe aquí. Podemos imaginarnos un autobús que termina su última carrera nocturna al final de la línea. A bordo todavía queda un pasajero, que hubiera debido bajarse antes, y que, en cambio, arrullado por el tórpido traqueteo del motor, se ha quedado dormido soñando durante largo rato. Sólo lo despierta el bufido neumático de las puertas. Y así se encuentra en un arrabal desconocido, a una hora imprecisa de la noche, sin medio alguno para volver atrás.

Ése es el estado de ánimo del momento, tal como nos lo describe Friedrich: el padre Cornelius está allí, inmóvil frente a él como una estatua de Madame Tussauds. Parece haberse vaciado completamente, incapaz de pronunciar una sola palabra más. Hasta que él también se despierta de repente.

«El padre Cornelius pareció despertar de un sueño. Y ahora miraba a su alrededor, perdido, como si ya no reconociera el lugar en el que se hallaba. De repente lo estremeció un impulso irresistible que lo hizo ponerse de pie. Se acercó a la ventana circunspecto.

»—¿Lo oye? —preguntó, todo él temblando.

»Su rostro expresaba un tormento insoportable. Su nerviosismo me contagió.

»—¿El qué?

»—La llamada de los zorros.

»—Yo no oigo nada —le dije.

»—Dondequiera que vaya, los zorros me persiguen. También aquí, y ahora me anuncian su venida.

»Traté de tranquilizarlo. Me asomé a la ventana para oír mejor, pero fuera reinaba un profundo silencio. Mientras tanto, el sacerdote se acercó a un estante donde se almacenaban algunas de las botellas de licor a disposición de quienes quisieran un digestivo al final de una comida. Se sirvió un vasito de Kirsch y lo vació de un trago, se sirvió otro y otro más. No satisfecho aún,

tomó un largo trago directamente de la botella. Al darse cuenta de que lo estaba observando, me dirigió una sonrisa forzada.

»—Le agradezco que haya tenido la paciencia de escucharme —dijo—. Pero ahora estoy cansado, mañana tengo que marcharme temprano.

»Se demoró aún un rato, de pie, con el rostro céreo, sudoroso, retorciéndose las manos sin descanso. Luego, sosteniendo su sombrero de teja bajo el brazo, como lo habría hecho un discóbolo al final de una competición decepcionante, subió las escaleras que conducían a las habitaciones.

»No sé cuánto tiempo permanecí todavía allí, en aquel tétrico comedor, sólo sé que cuando, al entrar en mi habitación, me dejé caer en la cama, me sentía completamente vacío, sin fuerzas siquiera para desvestirme. Permanecí allí durante horas observando las vigas expuestas que sostenían el techo. Al mirarlas fijamente durante largo rato, empezaron a balancearse, hasta que se doblaron y se retorcieron como una hoja de papel expuesta a la llama, y esos nudos oscuros en la madera de abeto cobraron vida. No eran otra cosa más que hocicos puntiagudos y ojos de zorro. No puedo asegurar con certeza que me quedara dormido, pero no cabe duda de que durante unas horas perdí la medida del tiempo. No sé qué fue lo que me hizo volver en mí, tal vez voces confusas que provenían de una de las habitaciones que se hallaba en mi misma planta. Sólo más tarde, alrededor de las cinco de la madrugada, oí claramente el sonido de unos pasos que bajaban por las escaleras y la puerta de abajo que se abría. La luz de la mesita de noche se había quedado encendida. Me acerqué a la ventana, aguzando el oído. Todavía era de noche, pero ya se percibía el avance del alba. Y fue en ese momento cuando pude escuchar yo también la llamada de los zorros. Lo que provenía del bosque era un coro escalofriante, como si el infierno se hubiera destechado, dejando salir los lamentos de los réprobos. Duró unos instantes; luego volvió el silencio.

»A la mañana siguiente me vi obligado a levantarme justo cuando estaba a punto de conciliar el sueño. La perspectiva de volver ante mi tío con las manos vacías me había puesto de pésimo humor. Además, la velada que había pasado escuchando al sacerdote hasta bien entrada la noche me tenía completamente aturdido. Me sentía infeliz, desnudo, defraudado. Me habían privado en un instante de una cosecha de sueños, de esperanzas futuras, de

ambiciones. La historia que había escuchado pesaba sobre mis aspiraciones como una piedra sepulcral. Además, el tiempo se estaba echando a perder y el asfalto de la carretera ya se había oscurecido bajo una densa llovizna. Me salté el desayuno y pedí sólo un café; no me apetecía comer nada. Todavía me quedaba más de media hora antes de la llegada del autobús que habría de llevarme a la estación de tren de Zúrich. Volví a mi habitación para hacer la maleta, pero por el pasillo me paró la criada, la misma mujer que nos había servido la cena la noche anterior. Me preguntó si conocía por casualidad la dirección del padre Cornelius, porque el sacerdote, en sus prisas por marcharse, se había olvidado algunos efectos personales, y ella no sabía adónde enviarlos. Me asomé a la habitación y vi, colgando de un perchero exento, su sotana coronada por el sombrero de paja inclinado hacia las once.

»Apenas unas semanas después de mi regreso, leí esta noticia en el periódico de Zúrich.

»En los alrededores de Küssnacht, un guardabosques ha encontrado en el fondo de un barranco el cuerpo de un hombre en avanzado estado de descomposición. No ha sido posible verificar de inmediato su identidad con certeza, porque tenía el rostro completamente despedazado por los zorros. Por los documentos que llevaba encima, sin embargo, parece ser que se trata del profesor Cornelius G., en otros tiempos reputado profesor y psicoterapeuta. En los círculos universitarios, era renombrado entre sus colegas no sólo por sus peregrinas teorías, sino también por su extravagancia (aunque había abandonado el estado sacerdotal, el profesor nunca había renunciado a usar el hábito). En 1981, su nombre apareció en los anales de la crónica negra como acusado y procesado por el brutal asesinato de un editor alemán, que se hallaba en Suiza pasando las vacaciones. Frente al juez, el acusado defendió su inocencia con una sola frase: “Ése era el demonio en persona, y deberían estarme agradecidos por haber librado al mundo de su nefasta presencia”. Habiéndole sido reconocida una enajenación mental parcial, el profesor estuvo internado hasta hace un año en un hospital psiquiátrico, donde fue tratado durante casi una década, dándole de alta —según afirman los expertos que lo mantenían en observación—, completamente curado y, por lo tanto, en condiciones de reanudar su actividad de profesor y conferenciante.

»Durante muchos meses después de mi regreso de Küssnacht me asaltó casi todas las noches la pesadilla recurrente de los zorros que me asediaban. Estos espantosos sueños sólo empezaron a atenuarse hacia el final del invierno, para cesar por completo a principios de la primavera.»

Con estas palabras termina el relato de Friedrich, o de quien hable en su lugar.

Durante mucho tiempo me pregunté qué hacer con este texto. Yo era el depositario, pero sin ninguna disposición al respecto. No lo había escrito, de modo que no me sentía autorizado para publicarlo. El autor anónimo afirmaba además haber escuchado esta historia de un desconocido. Todo ello me situaba ante un problema de difícil solución. ¿Quién es en realidad el propietario legítimo de un «manuscrito hallado en una botella»? ¿Aquel que lo confía a las corrientes marinas o quien lo recoge en la playa? Y si el autor quiso preservar su anonimato, ¿puede seguir reclamando sus derechos sobre cuanto ha escrito? El habérmelo mandado, ¿ha de interpretarse como una implícita solicitud para que sea publicado? ¿Qué otra cosa pretende si no?



PAOLO MAURENSIG

(Gorizia, 1943) es uno de los autores más prestigiosos de la literatura italiana. Ha escrito varias novelas, entre las que cabe destacar *La variante Lüneburg* (1993), convertida en un éxito de ventas y traducida a más de veinte idiomas; *L'ombra e la meridiana* (1997), *L'uomo scarlatto* (2001), *Vukovlad. Il signore dei lupi* (2006), *L'ultima traversa* (2012) y *L'arcangelo degli scacchi. Vita segreta di Paul Morphy* (2013).

Gatopardo ediciones ha publicado, de este autor, *Mis amores y otros animales* (2016) y *Teoría de las sombras* (2017).

NOTAS

¹ El descanso del poeta.

² Alusión a *Volpone o el zorro*, de Ben Jonson (*N. del T.*)

³ Juego de naipes típico de Suiza, considerado como el juego nacional helvético. (*N. del T.*)

cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

